



Gracias por tu opinión [Atrás](#)

Revisaremos este anuncio para mejorar su experiencia en el futuro.

Actualiza tu [configuración de anuncios](#) para que podamos mostrarte mejores anuncios.



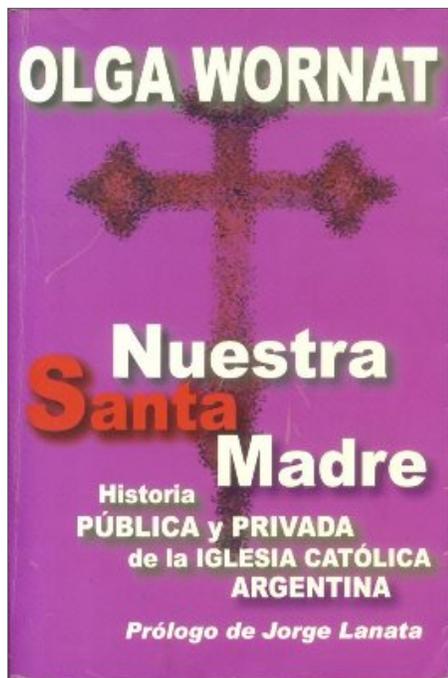
☆☆☆ nuestra santa madre ☆☆☆

Historia pública y privada de la Iglesia Católica Argentina

Olga Wornat

← anterior

→ siguiente



▶ 9. El Príncipe y el Pastor

"Era de noche. Lo llamaron al dormitorio principal. El chico fue creyendo que debía cumplir alguna de sus obligaciones diarias de ceremonial. Entró a la habitación sólo alumbrada por dos veladores de bronce y una extraña sensación de intimidación inundó el cuerpo y lo incomodó. Trató de no pensar y obedeció las directivas de su superior. Lo ayudó a desvestirse. Lo hizo con pudor pero creyendo que era algo normal en el seminario y que se tenía que acostumbrar a las normas de ese lugar al que había llegado hacía tres días. Tembloroso frente al cuerpo sexagenario, le sacó prenda por prenda... Cuando terminó, vio caer el cuerpo flácido del arzobispo sobre la cama, con su desnudez sólo cubierta con una toalla. El chico creyó que ya había cumplido con su tarea y se disponía a retirarse, pero se equivocó. Echado en el lecho de dos plazas con respaldo de bronce,

monseñor lo llamó insinuante y le pidió que lo masajeara. Cada vez más nervioso, pero movido por el miedo y el respeto que le infundía la figura, el seminarista apoyó sus manos sobre la piel pálida, rosada y fofa, y comenzó a friccionarla. A los masajes siguió la desnudez completa y el pedido de que se acostara al lado, y que lo acariciara en todo el cuerpo, pero sobre todo, en los genitales.

"Confundido, turbado y temeroso, el muchachito recién venido del campo, hijo de una familia humilde, obedecía y escuchaba las palabras serenas y contenedoras que lo alentaban:

"-Esto no es pecado hijo, yo soy monseñor Storni, un padre para todos ustedes, los seminaristas. Nuestro amor tenemos que compartirlo. Dios ve bien esta muestra de amor entre dos hombres, entre un padre y su hijo. Él nos apoya desde el Cielo."

"Cuando terminaron, el chico salió perturbado del dormitorio episcopal y se encerró en el suyo. Un compañero lo notó muy mal, le preguntó si lo podía ayudar y a él le relató llorando lo sucedido. Ese compañero fui yo."

Con una mueca indecifrable de dolor, vergüenza y asco, un ex seminarista de Santa Fe me relató así la experiencia que le confesara aquel chico salido de la zona rural. Desde ese momento, la fuente se convirtió en oído elegido por aquel muchacho, y luego por tantos otros, para vomitar el dolor y la confusión de esas relaciones "incestuosas" y abusivas en las que se involucraron, seducidos o empujados, por el religioso más importante de la Arquidiócesis de Santa Fe, de los últimos diecisiete años.

El Rosadito

"Cuando ingresé al seminario, mi tía, que es artista plástica, la oveja negra de la familia, me advirtió unos días antes de irme: 'Cuídate del rosadito'. Y pensar que yo lo tomé en broma", cuenta quien fue paño de lágrimas de sus compañeros más débiles y vulnerables, blancos predilectos del obispo. El ex seminarista -cuya identidad no se revelará para no afectar su intimidad- abandonó por propia voluntad, como tantos otros, el camino del sacerdocio. Pero aún hoy recuerda, con vivida mezcla de melancolía, bronca e impotencia, los cinco años que pasó entre las paredes del seminario de la Arquidiócesis de Santa Fe, ubicado en las calles Monseñor Zaspé y Buenos Aires.

"El rosadito", ése es el apodo del arzobispo de la ciudad, monseñor Edgardo Gabriel Storni. Lo llaman así por su semblante saludable, de mejillas redondeadas y rojizas, dignas de sus orígenes italianos. Lo que no es tan digno es el comentario que hace la calle acerca de sus conocidas andanzas sexuales con seminaristas y sacerdotes de su entorno, y su escandalosa fama de exhibicionista, tema que ha trascendido

alzheimer's association®

"I got lost going to the grocery store."

Confusion with time or place:
1 of 10 warning signs.

[Learn more >>](#)

el ámbito local y llegado, no sólo al Episcopado, sino también al Vaticano, sin que hasta ahora hayan tenido solución.

El ex seminarista continuó:

"Entré al seminario a fines de los ochenta y a los pocos días de llegar escuché lo que ya le relaté. Aquel chico fue el primero de mis compañeros que me confesó su problema, pero no fue el único. Yo me indigné. Sentí que era un abuso de toda clase, pero sobre todo de poder. Lo aconsejé. Yo era más grande, tenía 25 años y no era un tiernito ni mucho menos un sumiso. Después de enterarme lo de ese chico, me fui sobre cuenta de que con otros pasaba lo mismo. No eran pocos. Me asqueó. Yo había escuchado comentarios, como todos los de la ciudad, sobre cierta inclinación homosexual del obispo y de su círculo íntimo de sacerdotes, pero nunca pensé que monseñor Storni fuera tan abusador. Tampoco imaginé que quienes conducían el seminario, de donde se suponía tenían que salir jóvenes sacerdotes espiritualmente fortalecidos, fueran tan promiscuos y manipuladores.

"Yo tenía una gran vocación y mucha facilidad para el área intelectual y sufrí mucho con lo que se vivía allí adentro. Muchas veces vi que el arzobispo llamaba a su dormitorio a algún seminarista, – siempre buscaba a aquellos que tenían problemas afectivos con sus padres o eran huérfanos– estaba desnudo y les pedía que lo vistieran. Y el pobre chico asustado lo hacía, mientras él se exhibía desnudo en la habitación. Después venían las presiones para tener sexo y los abusos concretos. Los detalles de todo lo que mis compañeros me contaban eran escalofriantes. Ya pasaron varios años desde que salí de ese infierno y estoy tranquilo con mi conciencia y no me arrepiento de nada. Por eso puedo contar todo esto.

"Al principio me costó mucho separar toda esa experiencia nefasta con esta gente a la que prefiero no calificar, de mi compromiso con la Iglesia y el Evangelio, pero lo logré y sigo siendo un laico comprometido.

"Me fui cuando me estaban por ordenar, tenía vocación pero justo me tocó formarme en el seminario menos humano y contenedor de la Argentina, y el más perverso. Siempre tuve muy buenas calificaciones, pero estaba en permanente guardia, a la defensiva. Al principio por mí, para que nadie me tocara un pelo, porque monseñor era terrible, siempre miraba y decía palabras con doble sentido. Y después, tratando de proteger a amigos más vulnerables. Había chicos que llegaban al seminario a los 17 años, desde el interior de la provincia, con muy poca o ninguna experiencia sexual. Que a ellos el arzobispo los sedujera, les dijera que era su "padre" y que tener relaciones sexuales con él no era pecado, los confundía muchísimo. Después, algunos de esos chicos tenían mejor situación, el arzobispo les prometía una buena parroquia cuando terminaran el seminario, los compraba a cambio de sexo. Yo nunca condené las acciones personales, no me preocupó ni me preocupa la homosexualidad manifiesta de la cúpula de la curia de mi provincia, lo que me parece aberrante es el abuso de poder y la manipulación de las conciencias. Eso mancha de lodo y avergüenza a nuestra Iglesia, que como católico quiero y defendiendo."

Con la mirada nublada y la transpiración recorriéndole la frente, pero aliviado por su desahogo, el ex seminarista puso fin así a su relato. Hicieron falta varios encuentros para que se decidiera a soltarlo, dado lo delicado del tema, pero finalmente reconoció que se sentía bien habiéndolo confesando, porque creía que su historia, era parte de la historia del seminario de Santa Fe, de la Iglesia de esa ciudad y de Iglesia argentina.

No es difícil entender, después de haberlo oído, el gran dolor y la profunda bronca que siente frente a la impunidad del poder que desde 1984 gobierna la Iglesia de Santa Fe y que, parece, se perpetuará a pesar de las gravísimas denuncias y procesos realizados, por orden del Vaticano. El arzobispo es un hombre muy poderoso en la estructura religiosa y política de la zona. Su vida dista mucho de las enseñanzas del evangelio y estas actitudes, conocidas hasta el hartazgo por los habitantes de la ciudad, han alejado a muchos fieles de la Iglesia. Conservador y reaccionario a ultranza, Storni fue amigo de los militares de la dictadura, con los que iba a comer a menudo y quienes –según dicen– compartían con el hombre de la Iglesia su lucha contra "el comunismo ateo". Como muestra está su declaración en una homilía el 25 de mayo de 1995: "La Iglesia no necesita hacerse ningún examen de conciencia, y mucho menos pedir perdón a la sociedad argentina".

Los testimonios de los jóvenes que concurrían a la arquidiócesis de Santa Fe son muy detallistas sobre sus costumbres privadas.

Si bien es muy pulcro, monseñor Storni come con gula. La prueba del quinto pecado capital son sus servilletas. En un perchero del comedor del seminario, cuelgan, cada una con su número, las servilletas que corresponden a cada uno de los seminaristas, pero la del arzobispo se distingue a distancia por su dimensión y su especial diseño. Se trata de un enorme babero de toalla con un cuello elástico –parecido al "comilón" que usan los bebés– y que algún seminarista lo ayuda a colocárselo por encima de la cabeza, muy religiosamente y una vez que ha concluido la plegaria, antes de cada comida. El babero –en realidad tiene dos– es lavado después de cada ingesta porque termina tan manchado como el de un niño. Es que el arzobispo come con toda la desinhibición y la ansiedad de un bebé, o si se quiere, con la libertad y la gula de Enrique VIII.

Si además de los acosos, hay algo que los seminaristas recuerdan de su paso por la Arquidiócesis de Santa Fe, son los ruidos emitidos por el movimiento de su mandíbula, de sus labios y su lengua, saboreando una comida. Pero a él nunca le importaron las carcajadas contenidas de los ocasionales compañeros de almuerzo. Todos debieron acostumbrarse a que el arzobispo "coma rápido y sucio como un cerdo", tal como coinciden en afirmar los sacerdotes.

Quizá su compulsión tenga que ver con las secuelas de la hernia de iato, que lo afecta desde hace muchos años. Esa enfermedad lo somete a una dieta estricta, que la cocinera controla a rajatablas, pero de la que Storni se aparta todas las veces que puede, con la picardía y la ansiedad de un niño que sabe que está haciendo algo mal pero que le encanta.

Su menú siempre incluyó pescado y comida absolutamente sana, pero en gran cantidad y presentada con la misma opulencia con que él se maneja siempre en todos los órdenes. Aunque sosa e híbrida, su comida siempre ha sido objeto de cierta envidia por parte de los seminaristas, obligados a un menú mucho más magro y menos rimbombante.

En su habitación, Storni tiene una heladera de aproximadamente 1.20 metros de altura, en la que se destacan una gran cantidad de packs de jugos Ades, a base de soja, que le fueron indicados por su médico, y un peceto rojo intenso, convenientemente desgrasado, que es la comida preferida de su mascota, el muy mimado gato Arístides, un ejemplar persa que tiene libre acceso a casi todo el edificio, y especialmente a las privadísimas habitaciones de monseñor Storni.

El dormitorio del arzobispo está en el ala derecha del primer piso, justo en la esquina, por lo que sus ventanales se despliegan en sentido diagonal sobre la ochava que da a las calles San Jerónimo y 25 de Mayo.

Ya desde el ingreso al Arzobispado, se aprecia una amplia y antigua galería en la que se destaca una escalera de mármol. En uno de sus descansos, un imponente retrato hecho al óleo muestra a monseñor Storni con su investidura episcopal, en una de sus posturas características: piernas entrecruzadas y las manos, una encima de la otra, apoyada sobre las rodillas.

Quienes tuvieron acceso a su máxima intimidad, cuentan que ése no es el único óleo del prelado que hay en el edificio. En su dormitorio, aunque semioculto por dos puertas que se unen en una esquina, se halla el otro retrato, que es previo, y que si bien en su momento fue apreciado como una obra excelente, pasó luego a formar parte de las cosas que no resulta conveniente exhibir demasiado.

Los simples observadores que no conocen demasiado de arte, aseguran que no hay demasiada diferencia entre un cuadro y el otro, pero un ojo avizor descubre la diferencia: en el que ahora ha quedado relegado a la intimidad, hay cierta exageración en la definición de las manos del arzobispo. Concretamente, están magnificadas por uñas un poco largas y embellecidas, que transmiten un excesivo cuidado. Son manos que rozan la estética femenina y que parecen producto del trabajo de una manicura. El arzobispo, según cuentan, se hace arreglar las manos por una manicura.

Por la extensa galería vidriada, que funciona como un corredor con vista al patio interior, el arzobispo se desplaza pulcro y principesco como lo hiciera su principal referente, monseñor Nicolás Fassolino. Desde la larga galería, ambientada sólo con un sillón mecedor de madera, en cuyos almohadones yacen los infaltables pelos de Arístides, se puede ver el patio de mosaicos, en el que no hay césped, aunque sí proliferos canteros con plantas y arbustos, bellos y muy cuidados, que sirven de escenario natural al tucán –otra de las debilidades del ministro de la fe– más exótico y elegante que un papagayo.

En la galería también hay un mueble bajo, de madera oscura, sobre el cual está el equipo de música. Allí, a la hora de elegir, monseñor no duda

en privilegiar a los clásicos.

La habitación del arzobispo tiene pocos muebles: una amplia cama con respaldo de bronce y detalles en el mismo material, dos pequeñas mesitas de luz de mármol, con veladores de bronce, y un ropero antiguo, sin un estilo definido, de madera oscura. Allí cuelga sus sotas y sus casullas personales (lazos que se colocan en los hombros o en la cintura). Sus preferidas son las que él llama "romanas", porque las trajo de esa ciudad. Allí también reposan los roquetes, sus camisas y pantalones negros, sobrios e impecables, que utiliza en su actividad no ceremonial. Previa consulta al arzobispo, el maestro de liturgia es el encargado de indicarle al seminarista que hace las veces de mucamo, que coloque prolijamente sobre el lecho episcopal las prendas que el arzobispo usará una vez que haya terminado su baño de espumas.

Enfrentado a la cama, hay un perchero de pie, de madera oscura, y una cómoda baja que se apoya sobre la pared donde dan los ventanales, cubiertos por generosas cortinas. Sobre esa cómoda, donde monseñor guarda sus objetos íntimos, un portarretratos muestra la foto de casamiento de su sobrina predilecta: Gaby. Se la ve con el velo blanco nupcial y el rostro desbordante de felicidad. Hija de una hermana de Storni, en su adolescencia y juventud Gaby frecuentó mucho la Catedral, el Arzobispado y todos los espacios en los que estuviera su tío, por quien profesa mucho amor y devoción.

Tanto la cama como los sillones tienen un sello distintivo: una copiosa capa de pelos de Aristides, el gato amo y señor de todos los espacios. En la antesala está la biblioteca de Storni. El habitáculo es el acceso casi obligado para acceder al dormitorio, ya que las puertas que tienen salida directa al corredor suelen estar cerradas y según cuentan los seminaristas, una de ellas estuvo mucho tiempo clausurada. Allí monseñor tiene un escritorio de madera oscura, no demasiado grande, y su sillón, en el que se sienta para reflexionar, o para dar clases a los seminaristas. En los laterales del despacho, enfrentadas a las puertas, están los grandes ventanales desde donde se ven la calle San Jerónimo, la plaza y la Catedral.

Majestuosa e imponente, se erige detrás del escritorio, abarcando toda la pared, una biblioteca abarrotada de libros, que al arzobispo le resulta muy funcional ya que no tiene más que girar en su sillón y alargar la mano para tomar un libro y leer, o hacer leer, en latín o en español, lo que le interesa.

En esa biblioteca grande pero simple, hay otras fotos. En una se lo ve solo; en otra está con el cardenal Samoré, enviado por el Papa a la Argentina en los tiempos del litigio con Chile por el Canal de Beagle; y en una tercera, posa junto a su alter ego, el cardenal Fassolino. Pero no hay ninguna de su antecesor, monseñor Zaspé, de quien fue durante un par de años su obispo adjutor. ¿No es curioso que Storni no haya previsto un espacio en esa larga repisa, para colocar una foto de Zaspé, o al menos una de las tantas en las que los dos representantes de Cristo en la Tierra se mostraron juntos?

Además de su compulsividad por la comida, el arzobispo siente pasión por la velocidad. Siempre conducido por algún secretario, que muchas veces es un seminarista, obviamente, Storni ocupa ahora el lugar de copiloto, pero antes, y durante muchos años, condujo a todo lo que daba su Renault 12, azul grisáceo.

Con él emprendía viajes cortos por toda la provincia de Santa Fe y otros más extensos, hacia Córdoba, por ejemplo, donde además de desarrollar tareas pastorales visitaba a una de sus hermanas. La otra vive en el interior de Santa Fe, al igual que su madre, Blanca, quien ha seguido muy de cerca la vocación de su hijo e incluso se la ha fomentado.

A pesar de ser arzobispo, la relación madre-hijo siempre fue muy estrecha.

Más de una vez, Blanca ha dormido en la habitación de huéspedes del Arzobispado y en alguna ocasión, cuando ésta estuvo ocupada, en la cama de su propio hijo.

Powered by Google

[Cristianismo
y Revolucion](#)

[Enrique
Angelelli](#)

[Masacre de
San Patricio](#)

[Olga Wornat -
Nuestra
Santa Madre](#)



PUBLICIDAD

La Iglesia y los gays



"El homosexual manifiesta una ideología materialista que niega la naturaleza trascendente de la persona humana, como también la vocación sobrenatural de todo individuo; la práctica de la homosexualidad amenaza seriamente la vida y el bienestar de un gran número de personas; la homosexualidad pone seriamente en peligro la naturaleza y los derechos de la familia; la actividad homosexual impide la propia realización y felicidad, porque es contraria a la sabiduría creadora de Dios. "

Todas estas afirmaciones condenatorias se incluyen en un documento de la Iglesia titulado Carta a los Obispos de la Iglesia Católica sobre la Atención Pastoral a las Personas Homosexuales, aprobada en 1986 por Juan Pablo II y firmado por el cardenal Joseph Ratzinger, prefecto en ese momento de la Congregación para la Doctrina de la Fe (ex Santo Oficio), donde se juzga y sentencia no sólo la práctica homosexual sino también su mera inclinación.

Muy lejos de esas afirmaciones

inflexibles y peyorativas se halla un grupo de gente católica que entiende y respeta las diferencias como parte de la misteriosa condición

humana, ya sea en un laico o en un religioso, aunque en este último caso los alcances de los límites de la privacidad son más difíciles de determinar. De cualquier forma, le corresponde en principio a la jerarquía eclesial detectar a sus miembros con inclinación homosexual, "sanar sus órganos enfermos" si esto fuera posible, darles contención y apoyo, y trasladar a aquellos que puedan afectar el funcionamiento de la Iglesia. De la misma forma que no se emplea a un piromaníaco en un cuartel de bomberos, tampoco un arzobispo incapaz de manejar su sexualidad puede estar al frente de un seminario.

En su libro *La vida sexual del clero*, el periodista español Pepe Rodríguez afirma:

"Aunque la formación clerical tiene mucho que ver con la etiología de miles de comportamientos homosexuales, la madre Iglesia rechaza vehementemente no ya su responsabilidad en el tema, sino su mismísima existencia. La jerarquía católica pretende ignorar el comportamiento de cerca de una cuarta parte de sus sacerdotes, pero no lo desconoce, ni mucho menos.

"A pesar de que el código canónico impone a los reos de la homosexualidad la pena de infamia –pérdida del honor en sentido canónico– la suspensión sacerdotal y la expulsión de la Iglesia (también para el caso de los creyentes laicos), la realidad es que la legión de sacerdotes católicos homosexuales no sufre castigo alguno mientras mantenga sus prácticas sexuales en la más absoluta reserva.

"Eso es justamente lo que no hizo el padre José Mantera, vicario de la parroquia Nuestra Señora del Reposo, de Valdeverde del Camino, una pequeña localidad andaluza. "Doy gracias a Dios por ser gay" le confesó a la revista *Zero*, una publicación mensual destinada al público homosexual, en febrero de 2002. La frase fue el título de la nota y al salir publicada estalló un escándalo que dio la vuelta al mundo. Al cura, de unos cuarenta años, se lo veía en la foto con arito y barba recortada, pulsera de tachuelas y el clásico cuello blanco. En esa nota el cura Mantera reveló que hacía ocho años se había enamorado de un hombre con el que vivió una experiencia que calificó como "muy bonita, muy morbosa y que acabó mal".

"No vivo ni mucho menos en la continencia, el continente ya no existe, continente no hay nadie (...) Lo normal es callar, negar tu propio ser; así estás anulado, eres más controlable y no haces ruido, que siempre molesta. Lo que se quiere negar es el hecho homosexual, negar que en nuestras filas hay maricones (...) Me gustaría que esto fuera un pequeño germen, una semillita para que un día podamos ver que desaparecen de la Iglesia declaraciones homofóbicas y que esto se admita de forma natural", explicó.

Tres días después, José María Roldán, portavoz del Obispado de Huelva, de la que depende la parroquia de Valdeverde del Camino, dijo que seguramente el cura iba a ser suspendido "a divinis", pero que de todas formas, el obispo Ignacio Noguer, quien "se siente muy dolido", había decidido no tomar ninguna determinación hasta no hablar personalmente con Mantero.

En la Iglesia española hubo opiniones diversas. Mientras el obispo de Mondoñedo-Ferrol, monseñor Gea, consideró que Mantero era "un enfermo", el auxiliar de Barcelona, Joan Carrera, consideró que "no es un problema de orientación sexual sino de incumplimiento del celibato, su historia personal a mí me merece respeto, porque supongo que habrá sufrido mucho".

Por su parte, el obispo Juan José Asenjo, portavoz de la Conferencia Episcopal Española, dijo que la homosexualidad "es una desviación moral", recordó que la Iglesia "no admite la práctica de la homosexualidad, la considera un pecado, un desorden moral" y que Mantero "tiene otro motivo para vivir la castidad y la continencia, que es la ley del celibato que él libremente asumió al hacerse sacerdote".

A todo esto, el cura de Valdeverde del Camino había viajado a Madrid y hecho nuevas declaraciones, esta vez al diario *El Mundo*. En un artículo que se tituló "Dios habla de muchos modos", contestó con esta frase a las críticas que se le hicieron:

"¿Qué más dará que uno sea heterosexual o hilandera de Velázquez, gay o camionero del área de servicio, transexual o Buster Keaton vestido de corto?".

Poco después, declaró que estaba dispuesto a encabezar un movimiento gay dentro de la Iglesia católica porque a su juicio "es perfectamente compatible el ser sacerdote con desarrollar una vida sexual activa, que no salvaje, sino normal (...) Ser homosexual no es ser un enfermo, ni desviado, ni invertido, ni es un desarreglo moral, sino un hecho totalmente natural (...) En el plano cristiano no solamente no es pecado, sino que es un don de Dios, al igual que lo es ser lesbiana o heterosexual. Dios no quiere que el homosexual se arrepienta de serlo".

Precisamente, en *La vida sexual del clero*, Rodríguez hace hincapié en que probablemente, la sanción moral que cae sobre el cura homosexual, sumada a la cuestión del pretendido celibato, se confabulan para que algunos recurran a menores para satisfacer su erotismo, lo que configura ya no una conducta sexual, sino delictiva. Dice:

"La profunda y venenosa visceralidad con que los jerarcas de la iglesia católica abordan la cuestión de la homosexualidad contrasta significativamente, sin embargo, con el gran número de homosexuales que hubo, hay y habrá entre el clero católico. El que la iglesia denominó "crimen pessimum" es un comportamiento sexual muy querido por una cuarta parte o más de los sacerdotes.

"Valorar la cifra de miembros del clero con inclinación homosexual no resulta fácil, pero los porcentajes de quienes han estudiado el tema se aproximan bastante. Los estudios clínicos o sociológicos estiman índices de un 30 al 50 por ciento. En una investigación realizada en 1990 por la propia Iglesia católica en la diócesis canadiense de San Juan de Terranova, se llegó a la conclusión de que el 30 por ciento de los sacerdotes de la misma eran homosexuales (y también demostró que su arzobispo Alphonsus Penney, que fue forzado a dimitir, había encubierto los abusos homosexuales cometidos por más de veinte sacerdotes sobre unos cincuenta menores, alumnos de un colegio de esa ciudad) (...)

"La presión ejercida desde la propia jerarquía católica, más la marginación social que todavía estigmatiza al homosexual, hacen que esos sacerdotes se vean forzados a menudo, a buscar su satisfacción erótica abusando de menores. Este es un dato que, si bien no exculpa al cura que abusa de un menor, sí puede servir para tratar de entender mejor los motivos que le llevaron a cometer tal delito; y también, para extender la responsabilidad moral de tan reprochable acto hasta la propia cúpula eclesial, que mantiene a ultranza un sistema represor perjudicial para todos."

Ciertamente, ponerlos al frente de instituciones académicas, donde el fruto de la tentación los puede mover al pecado y al delito de "abuso y corrupción de menores", no es el camino. Y éste es justamente el límite donde los derechos de los ciudadanos civiles, se topan con las leyes religiosas, que sólo rigen para levantar el dedo acusador para los de afuera, pero no para señalar o castigar a los de adentro.

Frente al abuso de menores –tuvo a su hijo y nunca más se tuvo noticias de ella. Pero el escándalo no finalizó aquí. A pesar de las medievales disposiciones del obispo para castigar a Barco, al poco tiempo, circularon fuertes rumores –incluso hubo una denuncia– de que había acosado sexualmente a un vecino y que además, abusaba del alcohol. Hoy Roberto Barco se encuentra trabajando en la ciudad de Ranchos.

En agosto de 1998, en Berrotarán, un pueblo de 8500 habitantes de la provincia de Córdoba, estalló una conmoción. Una cámara oculta de televisión, que estaba ubicada en la plaza San Martín de la ciudad de Córdoba, frente a la Catedral, donde ofició una misa el cardenal Primatesta, mostró imágenes del sacerdote del pueblo, Walter Eduardo Avanzini, solicitando "servicios" sexuales a un niño. A los pocos días, luego del escándalo y la indignación de los vecinos, el Obispo de Río Cuarto, que tiene jurisdicción sobre Berrotarán, Artemio Staffolani, –ahora uno de los integrantes de la Mesa de la Concertación– tuvo que pedir perdón a la comunidad. El sacerdote fue recluso en un "retiro espiritual" y trasladado luego a otra parroquia, en otra provincia.

En abril del año 2001 el diario *Los Andes* de Mendoza, denunció que el sacerdote Francisco José Armendáriz, párroco de Palmira –a 25

kilómetros de la capital– de 30 años, había sido padre de una beba, producto de una relación amorosa que mantenía con una joven de 18 años. Como el sacerdote no aceptaba la paternidad, fue obligado a realizarse un examen de ADN. A los pocos meses el mismo tuvo el 99, 9 por ciento de certeza.

Por orden del arzobispo Pepe Arancibia, el sacerdote fue trasladado a una parroquia de Benito Juárez, en la provincia de Buenos Aires y el purpurado guardó sugestivo silencio sobre las consecuencias de esta relación y la actitud que tomaría la Iglesia frente al conflicto desatado en la comunidad.

El 27 de junio de 2001, el diario Clarín publicó una nota denuncia de su corresponsal en Corrientes contra el cura Jorge Scaramellini Guerrero, director y confesor de los chicos que asistían al Colegio Santa Catalina de Alejandría, quien había asomado a la notoriedad pública en mayo, cuando separó de sus cargos a tres maestras con el argumento de que no estaban casadas por la Iglesia.

La nota se hacía eco de una denuncia por abuso deshonesto presentada ante el Juzgado de Instrucción 7 de Corrientes, por la madre de un menor de 16 años. De acuerdo a la misma, cuando el chico le confesó al cura que había dejado embarazada a otra alumna del mismo colegio, Scaramellini lo hizo desnudar y escenificar paso por paso la relación mantenida con la adolescente. Sin embargo, "el contacto entre ambos no habría pasado de un abrazo del cura al adolescente", aclaraba el corresponsal de Clarín, quien añadió que la denuncia involucraba además a otros dos chicos de la misma edad.

Por su parte, la revista Noticias del 12 de octubre de 1997, denunció que el cura Alberto Gravier, de la Parroquia Nuestra Señora de la Paz, de Flores, organizaba flagelaciones entre adolescentes de la Juventud de la Acción Católica (JAC), a quienes les tenía prohibido ponerse de novios. La nota de Daniel Balmaceda, titulada "El latigazo del demonio", comenzaba con la siguiente descripción:

"Damián se arrodilló en el reclinatorio, delante de un cuadro de la Virgen María. A su derecha, Gastón rezaba por él. Pablo leía el Evangelio en voz alta. Cristian vigilaba la puerta. El padre Alberto Gravier les dio cinturones de cuero a Luis y a José. Durante tres minutos flagelaron a Damián. Intercambiaron roles. Cada uno recibió 24 cinturonzos, azotó a un par de compañeros, leyó la Pasión según San Mateo y controló en la puerta la privacidad del grupo. El padre Alberto vigilaba todo junto a la ventana.

"El rito penitencial se practicó durante tres jornadas de "convivencia formativa», los días 26, 27 y 28 de diciembre de 1995, en la ciudad deportiva Don Bosco. El cura y los chicos –miembros de la Acción Católica – pertenecían a la parroquia de Flores Nuestra Señora de la Paz. Gravier también pidió que lo flagelaran. Los jóvenes regresaron a sus casas y nadie contó lo ocurrido. "

Según Balmaceda, en el Arzobispado existían catorce denuncias contra el padre Gravier. "El cura dejó un mal recuerdo en la Parroquia de San Ignacio, en el barrio de Monserrat, doce años atrás. Y tuvo problemas con la Federación Argentina de Empleados Católicos donde fue asesor espiritual durante dos años. Ni la Vicaría de Flores ni el Arzobispado porteño aportaban soluciones. Cuando el tema, tomó estado público, el padre Gravier presentó su renuncia y los obispos se la aceptaron el 2 de octubre", remató.

Otro caso que conmovió a la prensa mundial fue el del obispo Lajos Kada, que se jubiló como nuncio del Papa en España en febrero de 2000, y a quien el obispo José Luis Irizar y Artiach, director de la Obras Misionales Pontificias (OMP) de ese país, acusó de estafa al haber vendido colecciones de doce grabados para recaudar fondos para un falso homenaje a Juan Pablo II.

El escándalo mereció toda una doble página en el diario El País del domingo 11 de marzo de 2001. "Irizar y Artiach sugería que María del Bosque, de 54 años, la protagonista de la sospechosa venta, mantenía una estrecha relación con Kada y aseguraba que éste tenía una hija natural en Costa Rica, fruto de su relación con otra mujer", consignó El País. Demás está decir que ni aún recurriendo al tribunal eclesiástico romano, Irizar logró su cometido. Por el contrario, este obispo de cuna nobiliaria, que donó todos sus títulos y bienes millonarios a la Iglesia y se fue a misionar a Bolivia, fue separado de la dirección de la OMP, que atiende a las necesidades de 30.000 misioneros y maneja fondos por 3.000 millones de pesetas al año.

Uno de los últimos episodios se relaciona con la Iglesia católica en Estados Unidos. Tan graves, que llevaron al Papa a declarar duramente sobre el tema. No es para menos, los escándalos sexuales en el país del norte, amenazan enturbiar el final del papado de Karol Wojtyła.

Mark Vincent Serrano, un ex monaguillo de 37 años le confesó al diario New York Times, detalles escalofriantes del abuso sexual al que fue sometido muchos años antes, cuando era un niño, por parte del sacerdote James Hanley, de la Iglesia San José de Mendham, en Nueva Jersey. Los mismos, según Serrano, consistían en toqueteos, sodomía, sexo oral y masturbación. "En una oportunidad me dijo que me enseñaría el beso francés. Todavía recuerdo el gusto horrible y agrio que acompañó aquel momento", dice el ex monaguillo. "Tenía vibradores. Todavía recuerdo la sensación espantosa sobre mi pecho, cuando mi adrenalina subía y mis pelos se erizaban. Era una horrible dicotomía. Este hombre me decía por un lado que todo eso estaba bien y que ése era nuestro secreto. Pero a medida que pasaba el tiempo aparecían sensaciones nuevas y todo el contexto en el que surgían era muy extraño. "

En Estados Unidos, como una catarata, continúan apareciendo víctimas de abusos de clérigos y la Iglesia católica enfrenta un gravísimo problema ético, moral, religioso y económico, ya que deberá indemnizar a las víctimas con una suma cercana a los mil millones de dólares. El diario oficial católico de la Arquidiócesis de Boston –cuyo arzobispo Bernard Law está muy salpicado por los escándalos, ya que tuvo que dar a conocer el nombre de 80 sacerdotes acusados de cometer abusos sexuales por décadas y que fueron protegidos por él– dijo que la Iglesia debe afrontar cuestionamientos y encargar estudios respecto de la posibilidad de que debiera ser preservado el sacerdocio célibe y exclusivamente masculino. El cardenal Law, conservador y muy leal al Papa, recalcó que dicho pensamiento no tuvo la intención de cuestionar la posición de la Iglesia sobre el celibato, sino de reflejar cuestiones planteadas por otros.

Y el tema también roza muy de cerca a Juan Pablo II.

En Polonia, la tierra del Jefe de los católicos del mundo, las cosas tampoco van por el camino de Dios. En Poznan, una ciudad del este y donde los habitantes dicen tener la diócesis más antigua del país, los sacerdotes se hicieron eco de los rumores que hablaban de la homosexualidad del arzobispo Juliusz Paetz y sus abusos a seminaristas. A fines de 1999, las versiones más aberrantes circulaban sobre Paetz, que para completar el cuadro de situación, es muy amigo del Papa de tiempos lejanos y fue el mismo pontífice quien lo nombró arzobispo. A tanto llegó el tema que el director del seminario se enfrentó al prelado con las acusaciones de los seminaristas, pero éste las desmintió rotundamente. Los sacerdotes recurrieron al Papa a través del nuncio, para "pedirle una investigación". En mayo del 2001, cuatro declaraciones juradas firmadas por seminaristas con detalles del comportamiento de Paetz, fueron enviadas al nuncio, el que las entregó de nuevo al arzobispo recomendándole olvidarse del tema. Entonces, los religiosos y laicos polacos decidieron obviar al nuncio y a las autoridades locales de la Iglesia y un emisario las llevó directamente a Roma, a manos del Papa.

Se inició una nueva investigación con un enviado del Vaticano. Y el 26 de marzo del 2002, el arzobispo Juliusz Paetz, de 67 años, renunció a su cargo, sin reconocer ninguna de las acusaciones y esgrimiendo el siguiente argumento: "he sido víctima de malos entendidos por mi amabilidad y mi espontaneidad".

A mediados de abril y ante la dimensión del drama, Wojtyła convocó a Roma a los 16 cardenales americanos para interrogarlos sobre lo ocurrido. Hacía pocos días que el New York Times lo había calificado de carecer de reflejos y de la "lentitud propia de un anciano enfermo".

"(...) Por culpa del gran daño hecho por algunos sacerdotes y religiosos, la misma Iglesia es vista con desconfianza, y muchos se sienten ofendidos por la forma en que los líderes de la Iglesia han percibido y actuado en estas circunstancias (...) El abuso de los jóvenes es el síntoma de una grave crisis que golpea no sólo a la Iglesia, sino a la sociedad entera (...) La gente necesita saber que no hay lugar en el sacerdocio para aquellos que hagan daño a los niños, esos sacerdotes son traidores a su misión (...) Hay que purificar urgentemente la Iglesia Católica...".

El hijo del juez

El caso de la Iglesia de Santa Fe es el más paradigmático –en Argentina– en la problemática de la homosexualidad y la desviación hacia los

abusos, y tendría en monseñor Storni al modelo a emular por parte de muchos discípulos, de su séquito y de ex seminaristas.

Los ataques compulsivos del arzobispo no sólo fueron comentario de los pasillos del seminario, han sido y son un tema que preocupa y avergüenza a gran parte de la ciudad, y que como dicen varios sacerdotes, ha provocado que muchos fieles abandonaran la fe y desconfiaran de la jerarquía.

Un prestigioso sacerdote de la vieja escuela, que –por ahora– prefiere callar su nombre, vivió un momento muy violento con respecto a este tema:

"Un verano me invitaron a pasar unos días a la casa de la Curia, en Calamuchita. Allí los muchachos del seminario disfrutaban del aire libre y los más viejos respirábamos un poco más de aire. Fueron varios sacerdotes, asesores espirituales y también fue el obispo Storni. Yo ya estaba enterado de las inclinaciones de monseñor pero trataba de convencerme de que era la fantasía popular debido a su aspecto más bien amanerado y su forma de ser polémica. Pero un día, en los pasillos de la casa, me crucé con uno de los chicos de 18 años que corría desencajado, llorando. Lo seguí, lo llevé a un lugar privado y le pregunté qué le pasaba. Sólo repetía como un autómatas: "Yo lo mato a ese degenerado, lo mato, antes de que me vuelva a poner un dedo encima, le juro padre que lo mato".

Ese joven, hijo de uno de los jueces más renombrados de San Fe, cursaba el segundo año de seminario y conocía a Edgardo Gabriel Storni desde que era adolescente, porque el arzobispo visitaba asiduamente su casa familiar, como lo hacía con muchas casas de gente influyente. Seguramente, deseaba secretamente al hijo de ese juez desde su pubertad, pero pocas veces lo había tenido en esa situación de indefensión, en ese clima de jolgorio juvenil y a distancia de la ciudad, como esa tarde de enero de 1992, en la que se le tiró encima, intentó besarlo y le manoseó los genitales. El seminarista reaccionó con asco y violencia frente al arrebato de locura del purpurado, lo empujó, le dio un puñetazo en el estómago y salió corriendo, temblando de la furia y la indignación.

Al viejo sacerdote se le revolvió las entrañas cuando el chico le contó los detalles de lo que le había pasado, pero no pudiendo hacer allí otra cosa, atinó a tranquilizar al joven y a prometerle que esa situación de abuso, que tanto lo había dañado, no quedaría así. Le prometió que personalmente hablaría con el obispo y que haría todo lo que pudiese, por encima de él, para que no se repitieran estos hechos humillantes. Cuando volvió a Santa Fe de la Veracruz, desde su humilde casita, muy cercana a la iglesia de la que era cura párroco, le escribió a Storni la siguiente esquela, a la que tuvo acceso:

"Esto no es una carta sino una confidencia de amigo. Tuviste un serio desliz que afectó a un grupo en plena formación espiritual y humana. No te juzgo ni te condeno, no me corresponde. Sólo te sugiero que reflexiones en Cristo y tomes conciencia de la gravedad de tus actos".

No pasaron muchos días entre el envío de esa carta y el encuentro que mantuvieron los dos clérigos, frente a frente, en el despacho episcopal.

El viejo sacerdote contó:

"Me recibió cordialmente, pero nervioso. Caminaba de una punta a la otra de la sala, gesticulaba y me preguntaba sobre la marcha de mi iglesia y otros temas menores. Hasta que por fin se quebró y me dijo:

"–Leí tu carta y sentí una profunda vergüenza. "

"Yo en ese momento tuve la sensación de que comenzaría a gritar, como sabía que lo hacía, o que me comunicaría mi traslado. Pero nada de eso, el obispo me sorprendió con un abrazo contenido, sentido y humano, y me dijo:

"–Muchas gracias, así se hace. "

A pesar del shock que le causó esa reacción ambigua, el viejo sacerdote sabía que la autoridad máxima de su iglesia era compulsivo por naturaleza y le dio a ese abrazo el mismo valor que el ataque amoroso del que fue víctima el seminarista: un arranque, un arrebato, un acceso de pasión que no lo convenció demasiado. El cura se explayó:

"De esa carta me guardé una copia y se la di a un sacerdote que estaba muy enterado del tema irregular del seminario. Él había sido rector allí y se fue por muchísimas diferencias con la cúpula de la iglesia santafesina.

"Un día recibí un llamado telefónico de monseñor José María Arancibia, quien ya entonces era arzobispo de Mendoza. Fue muy breve y muy amable. Se presentó, me dijo que sabía que yo tenía cosas importantes que contar y me citó para el otro día en Paraná, que queda enfrente de Santa Fe, cruzando el río, en la casa del arzobispo Karlic (Estanislao). Yo no tengo movilidad, porque nunca necesité, siempre algún muchacho de la comunidad me acercaba cuando tenía que ir a ver a un enfermo y en casos de extrema unción, los familiares de las personas me venían a buscar. Pero ese día, como fue todo tan repentino y tenía que salir de la ciudad, le pedí a un sobrino que me llevara a través del túnel subfluvial.

"Cuando me encontré con Arancibia, me dio la misma impresión que me había dado por teléfono: un hombre cordial, muy sencillo y cálido, abierto y con ganas de escuchar. Yo lo primero que le pregunté fue qué necesitaba de mí, porque aunque me lo imaginaba, temía equivocarme. Entonces, con total naturalidad sacó de su bolsillo un papel doblado en cuatro y empezó a leer. Yo me toqué el bolsillo izquierdo de mi camisa y palpé si tenía la carta. La tenía. Pero Arancibia tenía su propia copia y me la leyó del principio al fin. Me sorprendió, pero después no fue muy difícil descubrir quién le había dado la carta y la información. Conté todo lo que había visto en la casa de descanso, todo lo que me contaron con posterioridad, todos los abusos sexuales de Storni con los chicos. No omití ningún detalle.

"Lo hice con espíritu de reparación, de purificación, no con el ensañamiento que muchos tienen. A ellos no los condeno, los entiendo. Pero yo soy un hombre de Iglesia y creo que todos merecemos oportunidades. Storni también merece tener un lugar, quizás en el Vaticano, encargándose de cuestiones institucionales, pero no cerca de jóvenes, porque ese hombre no se domina, no puede con su enfermedad. Puede hacer mucho daño y lo ha hecho. A muchos jóvenes. Su problemática no tiene una solución rápida, y no es justo que le arruine la vida a muchachos que pueden confundirse, que van al seminario a convertirse en ministros de Cristo y pueden terminar algunos decepcionados en su fe o asqueados, y otros confundidos sexual y afectivamente."

Según Pepe Rodríguez, "un 20 por ciento de los sacerdotes ha mantenido o mantiene algún tipo de relación homosexual, de manera habitual o esporádica, o realizada como actividad excluyente o complementaria. De ellos, un 12 por ciento serían estrictamente homosexuales, es decir, con tendencia exclusiva a mantener relaciones sexuales con varones, ya sean éstos mayores o menores de edad".

"En la población general–señala– la medida de varones homosexuales asciende a un 4 al 6 por ciento. De la comparación se deduce que los porcentajes estimados para el clero son anormalmente altos, lo que no es difícil de explicar. "

"El enemigo número uno de la formación eclesial del sacerdote–ironiza el teólogo Hubertus Mynarek– es y continúa siendo la mujer. No resulta extraño que algunos candidatos al sacerdocio busquen y encuentren una salida en los contactos con personas del mismo sexo. Sin embargo, hay una diferencia entre jóvenes con una marcada tendencia homosexual, que ingresan al seminario pensando que el celibato sería una buena solución a sus deseos prohibidos. Otros menos inocentes saben que los internados, seminarios y conventos son lugares privilegiados para tener contacto con personas del mismo sexo, en el amplio sentido de la palabra. Pero hay otro gran número de jóvenes heterosexuales para quienes la homosexualidad se convierte en una válvula de sustitución para la relación con el otro sexo, reprimida y prohibida por la Iglesia católica."

La investigación

Fue en mayo de 1994 cuando, frente a tanto escándalo y rumores, el Vaticano ordenó investigar la conducta sexual de monseñor Edgardo Gabriel Storni. Para entonces ya hacía una década que había decidido su nombramiento como pastor santafesino, por sugerencia del nuncio apostólico, Ubaldo Calabresi, de quién era íntimo amigo.

El prestigioso arzobispo de Mendoza, José P. Arancibia fue el encargado de la investigación y realizó una tarea que fue más allá del Código del Derecho Canónico: instalado en la casa particular del arzobispo de Paraná, en Entre Ríos, Estanislao Karlic, entrevistó a un total de 47 personas, la mayoría seminaristas, que a escondidas de Storni, viajaban a testimoniar a Paraná. La investigación terminó en diciembre de ese

año y el expediente está en Roma.

El 22 de diciembre, el vespertino santafesino El Litoral se hacía eco, aunque en forma cauta, de lo que había publicado ese mismo día el matutino Rosario 12, el cual, citando fuentes inexpugnables, dio los detalles de la investigación.

El Litoral consignaba que según Rosario 12 las denuncias "habrían llegado directo a Roma y con desconocimiento de los obispos argentinos, y como consecuencia se ordenó la investigación". Bajo el título de "¿Investigado?", la información sostenía que "el arzobispo de Santa Fe estaría siendo investigado por cuestiones que involucran a su actividad personal y afectarían el desarrollo de su pastorado".

"El matutino Rosario 12 señala a monseñor José María Arancibia como el delegado y encargado principal de la investigación, para lo cual entrevistó a casi cincuenta personas, entre sacerdotes, seminaristas, psicólogos y laicos cercanos al desarrollo de la vida del seminario de la arquidiócesis.

"Se señala también que un juez federal de la provincia habría declarado ante el secretario general del Episcopado. Consultados por este medio, tanto el juez Raúl de la Fontana como el doctor Víctor Bruzza negaron haber concurrido y tener conocimiento de la actuación.

"El principal observado, monseñor Storni, consultado por El Litoral, negó conocimiento de un procedimiento de ese tipo, así como de las causas que lo hubieran motivado.

"Storni amplió, sin mostrarse especialmente afectado por tamaño escándalo: "Estoy sorprendido, desconocía la investigación y la denuncia que la motivó, pero las puertas del arzobispado y yo estamos abiertos para ser investigados".

"Monseñor Arancibia no confirmó, ni desestimó lo publicado en el periódico."

La ciudad fue un hervidero de rumores, comentarios escandalosos y pocas certezas. Desde diferentes lugares de la arquidiócesis, tanto la feligresía como parte del clero esperaban que, frente a semejante escándalo, Storni diera un paso al costado. O bien, que la misma Iglesia lo destinara a otra honorable misión, en lo posible fuera del país, pero nada de eso pasó. Eso sí, entrado el año 2001, corrió la versión en Santa Fe de que el arzobispo tenía garantizado un lugar en la biblioteca del Vaticano, pero que su partida no se concretaba porque Blanca, su madre, estaba ya muy anciana y enferma, y el hijo no quería dejarla sola.

En oportunidad de la investigación, los únicos apoyos que recibió Storni en Santa Fe fueron los de la propia intendencia, de algunos concejales y grupos laicales, y de la CGT local. Curiosamente, en varias solicitadas aparecidas en el diario El Litoral, figuraron nombres que luego desmintieron haber firmado ese documento, ni haber sido consultados para ser incluidos en lista de apoyo alguno.

El miembro de la jerarquía eclesial que más apoyó en esos días, —de manera incomprensible para muchos— fue el actual obispo de Santiago del Estero, monseñor Juan Carlos Maccarone, por entonces obispo titular de Mauriana, auxiliar de Lomas de Zamora y presidente de la Comisión de Educación y Cultura del Episcopado. El 28 de diciembre de 1994, El Litoral publicó entre otras solicitadas de personalidades de la provincia y la ciudad, la de monseñor Maccarone:

"Estoy consternado por el daño inferido al arzobispo de Santa Fe. Me encuentro aquí exclusivamente para apoyar al arzobispo Storni en estos momentos que tiene que probar el trago amargo de la difamación", expresó, señalando además que "desconocía" quiénes habían realizado la denuncia por la cual aquel estaba siendo investigado.

El diario El Litoral consignó:

"Como consecuencia de los últimos acontecimientos de estado público, monseñor Maccarone llegó ayer a la ciudad y tuvo una entrevista con monseñor Storni, en la que le dio muestras de aliento, no sólo personales, sino de altos mandatarios de la Iglesia.

"Maccarone señaló: "habiendo sido hospedado en los días de la Convención Constituyente como representante del Episcopado, percibí no sólo su sano celo pastoral, sino la vitalidad de una Iglesia servicial, comprometida en líneas pastorales que abarcan todo el ancho espacio de la caridad.

"No dejo de expresar mi consternación por el daño inferido al pastor y a la comunidad diocesana.

"Ruego para que el perdón alcance la debilidad de quienes han producido tanto daño, las grietas de una pretendida difamación se transformarán sin duda en la roca de la verdad".

Al viejo sacerdote que enfrentara al arzobispo, como a muchos de los que declararon en Paraná en contra de Storni, las cosas no le fueron demasiado bien. Pasado un tiempo, me recibió y contó:

"En mi parroquia hay mucha actividad juvenil y así como el muchacho que fue víctima de Storni era uno de mis pichones, y que por eso lo defendí, no sólo a nivel pastoral sino también personal, han ido otras vocaciones al seminario de nuestra comunidad.

Después de todo el escándalo, un día vino a verme Diego, un muchacho que recién había ingresado al seminario, muy dolido porque lo habían echado. Le pregunté por qué y me dijo que no sabía. Entonces fui a la Curia para interiorizarme, hablé con el padre Santiago Copello y me dijo que él no estaba al tanto de lo que pasaba en el seminario. Entonces hablé con el padre Grassi, y me contestó que no estaba enterado de nada. Finalmente, fui a hablar con Mauti, el director del seminario, y me contestó de manera ambigua, sin señalarme un motivo puntual para la expulsión. Yo estaba muy preocupado y dolido. Pero después de la indiferencia con que me trataron y la inconsistencia de los argumentos, me di cuenta de que el problema de Diego había sido pertenecer a mi comunidad y ser uno de mis recomendados."

Todos los testimonios que monseñor Arancibia recopiló prolijamente fueron enviados al Vaticano, vía la Nunciatura. Hasta el día de hoy no se sabe de ninguna resolución papal respecto de la investigación. Los involucrados en la misma, desde seminaristas hasta sacerdotes, se mostraron profundamente decepcionados por el silencio de las autoridades religiosas. "Cada uno de nosotros expuso ante Arancibia todos los horrores que habíamos vivido en el seminario. Había chicos que le contaron cosas humillantes, asquerosas y que removieron recuerdos dolorosos. Es cierto que Arancibia fue muy comprensivo y contenedor. Él nos decía: "No tengan miedo muchachos, yo he escuchado cosas peores" y nos alentaba a hablar. Lo cierto es que tanto nosotros, como los sacerdotes nos arriesgamos mucho, ya que vivimos en Santa Fe. Pero lo hicimos convencidos de que valía la pena, de que serviría para evitar futuros abusos de Storni. Un día, Arancibia se despidió y no volvimos a saber nada de él, ni de lo que le contamos. Seguramente la gravedad del caso trascendió a él y no pudo hacer nada. Pero humanamente merecíamos una respuesta", confesó un seminarista.

Un alto funcionario de la Iglesia, aseguró que la investigación sobre Storni llegó a Roma y que allí quedó. A tal punto que el arzobispo Storni viajó al Vaticano, permaneció quince días, paseó, vio a sus amigos y regresó como si nada hubiera pasado. Qué explicaciones brindó y ante quiénes, sigue siendo un misterio.

El 25 de junio de 2000, durante la procesión de Corpus Christi, Storni tuvo el tupé de hacer un largo discurso moralista respecto de la sexualidad humana y la salud reproductiva. Los párrafos más salientes de su alocución, en lo que se refiere a este tema, fueron las siguientes:

"(...) Este siglo XX que fenece, se proyecta en el futuro inmediato como el siglo de las mayores matanzas entre los hombres. La historia atestigua de guerras, genocidios, exterminios, terrorismo, opresiones, explotaciones hasta de niños, crímenes de todo tipo, que han ido cubriendo toda la geografía del planeta, abarcando los más diversos pueblos, grupos y niveles de la humanidad.

"Pero, ha llegado al colmo en los abiertos, promovidos y planificados atentados contra la vida inocente e indefensa. A partir de una mentalidad materialista, no se duda en promover la antinatalidad y la eutanasia, hasta cegar compulsivamente las fuentes de la vida. ¡Más aún!: eliminar sin escrúpulo alguno, la vida concebida, así como también la vida en su ocaso; es decir, eliminar al hombre. Matarlo. Y esto ha ido llegando hasta nosotros, metiéndose en nosotros.

"La campaña organizada internacionalmente bajo las eufemismos (¡qué jerga!) de (género, salud reproductiva, derechos de la mujer, planificación familiar) —que entrafía y empuja a la práctica del aborto— ya ha logrado irrumpir en el campo del ordenamiento jurídico argentino, violando lo establecido en la Constitución nacional.

"Se da paso así, al genocidio sin límites, el mayor de cuantos conocidos. Porque muchos que se rasgan las vestiduras ante los crímenes de Hitler o de Stalin, están enrolados en la misma monstruosa línea de pensamiento y acción. Con una arrogancia en sus afirmaciones pseudocientíficas y falseadas estadísticas, y una inmoralidad en sus estrategias operacionales, que repugna a cualquier conciencia

elementalmente formada.

"Se agravan estos crímenes porque sus primeras víctimas son las personas inocentes e indefensas. Y porque se hacen invocando derechos. Pretendidos derechos, que conculcan todos los auténticos derechos humanos, pues niegan el primero y fundamental: el derecho a la vida. Sin el cual no hay sujeto alguno de cualquier otro derecho.

"Duele también este extravío fatal, pues intentando la legalización de tales prácticas, desnaturalizan el poder y atacan al pueblo a cuyo servicio están las funciones públicas.

"Tal vez, sus autores apelen a la democracia, cuando van directamente en contra de ella, al ir en contra del pueblo, en cuanto lo enerva o lo elimina; al llevar a cero la natalidad; al provocar –de hecho y de intento– la promiscuidad sexual, el vicio degradante, sin reparar en límite alguno, ni siquiera de edad.

"Pero, la falacia es total, cuando se pretende hacer de toda legítima oposición a tal monstruosidad, un planteo religioso, remitiéndolo –como recurso indebido– al plano de la fe. ¡Cuando el planteo lo hace la misma razón, desde la verdad dada de la naturaleza humana anterior al hombre mismo, y como exigencia de la moral natural, que grita desde el fondo de la conciencia: "no matarás"!

"¿Qué mueve a tantos argentinos y principalmente a tantos representantes del pueblo, a hacerse cómplices de tales crímenes? No sólo las ideologías totalitarias o el pansexualismo reinante. También, más aún, las exigencias de un imperio económico que impone sus leyes, en salvaguarda del bienestar de las sociedades ricas y hedonistas, y el lucro de empresas y laboratorios, a costa de la eliminación de las clases y los países pobres. ¡Los pobres molestan, se pueden volver en contra! ¡Abajo los pobres! Para lo cual así condicionan los préstamos usurarios a las naciones empobrecidas haciendo de los respectivos estados sus agentes serviles. Pues, éstos en lugar de servir al hombre, se convierten en estados proxenetas del vicio degradante.

"Hay ciertamente una necesidad de plantear la paternidad responsable. Pero sin menoscabar el respeto de la vida, el derecho a la vida; cuya afirmación, promoción y defensa, corresponde a todo hombre que no renuncie a la verdad de su naturaleza y al uso de la razón; pero de un modo particular a las familias, pues es una cuestión de testimonio y educación. No de una mera instrucción a cargo del estado. Menos de reparto de elementos anticonceptivos, ni de métodos en su mayoría abortivos.

"Se requiere una educación para el amor verdadero entre varón y mujer y una transmisión honesta y generosa de la vida. Por tanto, una educación que parta de una antropología integral, de la verdad total del hombre, nunca reducido a la genitalidad, nunca coincidente con el egoísmo estéril.

"Y aquí quisiéramos ver al estado, favoreciendo la familia y sus derechos intangibles a educar y en esta concreta argentina, peligrosamente despoblada y sociológicamente envejecida, no destinando dineros (que engendra tal vez más esclavizante deuda) para favorecer la antinatalidad y las patologías encubiertas, llevando al suicidio de la nación.

"Para que la Argentina se levante, rejuvenecida en nuevas, limpias, heroicas generaciones. Para que se levante el hombre argentino ¡para que viva! Sí, ¡que viva el hombre argentino! Y puedan los argentinos del tercer milenio, los niños y jóvenes de hoy, sus próximos protagonistas, apostar al amor, fundar familia, tener el coraje y la alegría de transmitir la vida (...)

"A quienes amen la vida, y quieran vivirla y donarla en el amor. Esta eucaristía, al unimos en comunión con Jesús, nos alcance el espíritu y nos de inteligencia, fe, fortaleza y misericordia. Para – mientras El vuelve– vencer la derrotada cultura de la mentira, el egoísmo y la muerte, con la victoriosa cultura de la verdad, el amor y la vida. Jesús nos lo urge, nos lo impera, ante todo, como a candentes ciudadanos del mundo, responsables constructores de la Sociedad. ¡Alabado sea Jesús en el santísimo sacramento del altar, pan de vida, para la comunión de todos con Dios, uno y trino, y la vida nueva de la humanidad!"

Oídos sordos

La complicidad del Poder Judicial de Santa Fe con la autoridad de la Iglesia local ha sido tan tácita y aceptada, que en los primeros días de diciembre de 2000 el área legal del programa Derechos del Niño de UNICEF, recibió una carta denuncia al respecto. La misma llevaba las firmas de Stella Dalla Costa, Alejandra Ocaño y Oscar Oliva, la primera madre sustituta de Ramón Pucheta, de 15 años, y los segundos, padres de Gabriel Oliva, de 5 años. Ambos chicos eran alumnos del Colegio Concepcionista San Cayetano, y relataron haber sido abusados por el cura Carlos Vece, de la arquidiócesis de Storni, discípulo e "íntimo amigo" del arzobispo, según todas las fuentes consultadas. Esa carta decía así:

"Por la presente, nos dirigimos a usted ante la falta de respuesta de los organismos administrativos y judiciales, quienes deberían hacer cumplir la Convención de los Derechos del Niño, y alarmados por informaciones periodísticas vertidas sobre el cierre de la causa por falta de méritos, de hechos aberrantes que involucrarían a un sacerdote en contra de la integridad física y psíquica de menores.

"La, comunidad santafesina se conmocionó por denuncias periodísticas, efectuadas por una radio local (LT9), en el mes de julio/00, donde niños y padres de menores del Colegio Concepcionista San Cayetano, acusaban al sacerdote del establecimiento (padre Carlos Vece representante legal) por abusos sexuales y castigos corporales y psicológicos, en contra de los niños internos que allí viven. Cabe aclarar que la Dirección del Menor, la Mujer y la Familia y el Juzgado de Menores de esta ciudad, pagan plazas para la manutención de estos niños y ninguno de los dos tomaron medidas de protección para los menores que allí residen.

"Todo se desencadenó cuando un adolescente de 15 años (Ramón Florencio Pucheta-interno), bajo la tutela del Juzgado de menores de la ciudad de Rafaela (Santa Fe), a cargo de la doctora Liliana Spaggiari, se fugó del colegio y recurrió a la radio antes mencionada realizando denuncias gravísimas en contra del religioso y del personal del colegio que estaba en contacto con los niños. Dichas denuncias periodísticas se ratificaron en el Juzgado de Menores de Santa Fe a cargo del doctor González y luego en el juzgado de Rafaela. El expediente cuenta con siete carillas y dada la magnitud de la problemática y el hecho de que involucrara a los demás niños internos, la causa fue derivada al Juzgado Penal de Instrucción de la Primera Nominación a cargo del doctor Dardo Rociani, caratulado: Pucheta s/denuncias.

"Esto motivó la reacción de padres de otros niños que habrían sufrido o que fueron testigos de hechos del mismo tenor, todas estas denuncias se radicaron directamente en el Juzgado de Instrucción (doctor Rociani) y hasta la fecha nada se ha concretado, ni se tomaron medidas preventivas, ante la duda, a efectos de salvaguardar la integridad de los menores de entre 5 y 17 años que viven actualmente en el establecimiento.

"De las denuncias, la que más horrorizó a la opinión pública, fue la de una mamá (Alejandra Ocaño) de un niño de 5 años (Gabriel Oliva), quien recurrió a los medios periodísticos, ya que a pesar de haber denunciado ella los abusos sufridos en contra de su hijo, fue maltratada cuando recurría al juzgado a preguntar sobre el estado de la causa y llegaron a decirle en una oportunidad que el niño fabulaba. Ante la falta de contención e inacción por parte del juzgado, la señora de Oliva solicitó que declarara el psicólogo que atendió al niño, y éste corroboró los dichos de la madre. Todo esto fue adjuntado al expediente de Pucheta y con la misma carátula, tomándolo como testimonio y no como denuncia (juzgado doctor Rociani). Cabe aclarar que el niño Gabriel Oliva, actualmente está siendo asistido por profesionales de atención a la víctima, a cargo de la psicóloga Laura García Puente y la abogada Virginia Balanda.

"Tenemos conocimiento de que existen otras denuncias en el Juzgado de Menores de Santa Fe, de otros familiares de menores que residen o residieron en el colegio, pero éstas no fueron derivadas al Juzgado de Instrucción de la Primera Nominación, donde están radicadas las otras denuncias.

"No queremos abrir juicios en contra de nadie, simplemente queremos una justicia imparcial, y como diría un periodista amigo (Alejandro Colussi), que se castigue de la misma forma a un ladrón de gallinas y a quien viste una sotana. Muchas gracias por su atención a esta carta producto de la impotencia que viene generando el accionar impune de muchos sectores de la sociedad. "

Vale acotar que a fines del año 2000, el sacerdote en cuestión, Carlos Vece, falleció sin que la justicia, que proclamaban padres de alumnos

víctimas de sus abusos, lo rozara siquiera. Es probable que Dios, harto de esperar en vano la justicia terrenal, haya ejercido la suya matándolo y remitiéndolo a Satanás.

El camino del Príncipe

Al arzobispo Storni los obsecuentes le llaman El Divino. Pero en realidad, se siente y actúa como un príncipe. Fue ungido arzobispo de Santa Fe en agosto de 1984, seis meses después de la muerte de su antecesor, monseñor Vicente Zaspé, un verdadero pastor, de quien había sido su obispo auxiliar desde 1977. Muy pocos pudieron explicar cómo dos personalidades tan dispares convivieron durante siete años en la misión pastoral.

Edgardo Gabriel Storni, hijo de un padre ateo y de una familia originalmente humilde de la provincia de Santa Fe, había tenido como referencia, desde que era sacerdote, al cardenal Nicolás Fassolino (nombrado por el Papa Pablo VI en 1967), quien en tiempos pretéritos había estado a cargo de la Arquidiócesis de Santa Fe.

Fassolino supo ostentar todos los privilegios de su investidura episcopal: ¿acaso algún feligrés pudo evadir su anillo, elegantemente ofrecido con la diestra extendida hacia adelante, y ex profeso un poco hacia abajo, para que al besarlo, tuviera que inclinarse para hacerlo en señal de obligada veneración? Orgullosamente preconiliar, su vestimenta oficial se completaba con una larguísima extensión al estilo de cola de novia, aunque de color púrpura. A su paso, sus colaboradores se encargaban de recoger aquella cola para que no fuera pisada, o para facilitar el despliegue al arzobispo. Así fue, por otra parte, como Fassolino se ganó el socarrón apodo de Princesa.

Fue precisamente en las reuniones preconiliares donde el cardenal quedaba un tanto descolocado, con sus modos de realza imperial, frente a sus pares que bregaban por una Iglesia más evangélica y menos pomposa.

En el seminario de la ciudad de Santa Fe circulaba una foto de la basílica de San Pedro, en la que se distingue al fastuoso Fassolino entre los asistentes a una misa. En el cortejo, pero muy cerca de él, se distingue a un joven y apuesto sacerdote, con una incipiente calvicie, que se identifica fácilmente: no es otro que el entonces padre Edgardo Storni.

Pasaron más de diez años, pero la semi gloria también llegó para él: el 4 de enero de 1977 fue designado obispo auxiliar de monseñor Zaspé y luego, para martirio de los aprendices de cura, en director del seminario de Santa Fe de la Veracruz.

Frente a la repentina muerte de monseñor Zaspé comenzaron a barajarse nombres para reemplazarlo: Elvío Alberga, Edelmiro Gasparotto, Celestino Bruna y Edgardo Truoco.

El nombre de monseñor Edgardo Storni se debió incluir en la lista por una sugerencia del Vaticano, pero nadie creía en sus chances para sucederlo. Tal es así, que durante el período que transcurrió hasta la designación, se nombró administrador diocesano del Arzobispado al padre Truoco. Los seguidores de monseñor Zaspé creyeron que ésa era una clara señal acerca de quién sería el nuevo arzobispo.

Muchos sufrieron una profunda decepción cuando, después de varias deliberaciones, el 28 de agosto de 1984 resultó que el elegido había sido Edgardo Gabriel Storni. Quienes buscaron explicaciones lógicas, afirmaron que fue definitivo para la elección el hecho de que hubiera estudiado en Roma.

Lo que muchos sospechaban, finalmente se comprobó: el nuevo arzobispo de Santa Fe demostró con su imagen y su forma de actuar, que era un continuador de la pomposa línea clerical de monseñor Fassolino. Sentado en el sillón episcopal, entendió que su condición bendecía y legitimaba el contacto directo con los poderes terrenales y se olvidó del fuerte compromiso pastoral que había marcado a fuego el paso por la Iglesia de Santa Fe monseñor Vicente Faustino Zaspé.

De ahí que la historia de la Iglesia de Santa Fe se pueda sintetizar diciendo que el poder lo ejerció un príncipe hasta su muerte. Que luego llegó un pastor, que con una fuerza incalculable de entrega hacia su rebaño, consiguió motorizar e inyectar coraje a una Iglesia que había sido conservadora. Y que cuando su vida se extinguió, llegó un nuevo príncipe para ocupar su lugar, aunque nunca para estar cerca del pobre, sino en las esferas de privilegio. Y lo que es muchísimo peor aún, Storni se aprovechó de su cargo para abusar sexualmente –según todos los testimonios recogidos y la investigación abierta por orden del Vaticano y a la que tuvo exclusivo acceso– de los jóvencitos llenos de fe que concurrían al seminario y que luego de estos episodios, terminaron traumatizados para siempre o aceptaron con sumisión las perversas órdenes del Príncipe a cambio de promesas de un "buen destino" pastoral, como fue el caso del padre Carlos Vece. Quien repitió con sus propios alumnos los abusos a los que él había sido sometido cuando estaba con Storni.

Dos príncipes: Fassolino y Storni; y un solo pastor: Zaspé. Entre medio, un abismo.

La Iglesia de Santa Fe quedó así fracturada por la historia.

El pastor

"Los grupos dominantes admiten que el Evangelio tenga que ver con el aborto, el homicidio, el adulterio y el robo clásico, pero rechazan su intromisión en el consultorio, la empresa, el estudio profesional, los planes económicos, los cargos públicos, los negocios y los negociados, el soborno, el desempleo, los honorarios, el alza de los precios y con hasta la velocidad en la ruta", decía en uno de sus mensajes dominicales de 1980, monseñor Vicente Faustino Zaspé.

En aquel tiempo en que fue arzobispo de Santa Fe, la catedral estaba poblada por católicos unidos por el espíritu y que sólo se diferenciaban por la forma de vestir y los autos en los que llegaban a la casa de Dios.

Hombres y mujeres de la alta sociedad santafesina no dejaban de ir misa los domingos. Estudiantes, trabajadores, amas de casa, niños huérfanos, todos se congregaban para escuchar a aquel pastor que era duro e implacable con los poderosos y tierno y comprensivo con los desposeídos.

Sus declaraciones, que se fueron endureciendo frente a la dictadura, lo posicionaron como un ministro de la Iglesia confiable, pero consecuente con el Evangelio y por tanto peligroso por sus denuncias. Así lo sintieron los miembros del gobierno militar. Así lo sentía la cúpula de la Iglesia, a pesar de que en honor a sus códigos internos siempre primara el silencio.

No podían acusarlo de tercermundista, porque de manera casi inentendible, Zaspé fue uno de los máximos detractores del movimiento. Según cuentan ex integrantes del Movimiento de Sacerdotes para el Tercer Mundo de Santa Fe, los combatió con su arma más potente: la palabra y el predicamento sobre su feligresía. Menos aún podían etiquetarlo con el rótulo de marxista, ya que hubo pocos ministros que hicieran valer tanto como él, el valor de la persona humana como individuo diferente. Pero sus actitudes lo condenaban a la sospecha de los opresores: visitaba las cárceles, pedía por los desaparecidos y sugería, aunque cautelosamente, en el seno de la Conferencia Episcopal, donde era una autoridad encubierta, que la Iglesia rompiera su connivencia con la dictadura. Entre sus pares insistía una y otra vez:

"La Iglesia argentina debe ser la voz de los que no tiene voz, a pesar de las inevitables incompresiones y de las amenazas que puedan seguir. A algunos sectores les molesta que la Iglesia reciba y escuche a los sectores obreros, a los familiares de los desaparecidos y de los detenidos sin proceso, o con procesos eternizados, y que pida por los jubilados y a los pensionados. De alguna manera todos ellos son ciudadanos sin voz, o al menos sin suficiente voz"

Cuando las Fuerzas Armadas presentaron el documento final sobre lo actuado por la dictadura, en el que se pretendía que no había más información que dar, que había habido una guerra sucia y que por lo tanto cualquier exceso era comprensible, Zaspé sentenció públicamente: "Es insólita la calificación de "actos de servicio" para la tortura, el secuestro impune, la muerte clandestina, la detención sin proceso, la entrega de niños a desconocidos y el latrocinio descarado de los hogares.

El diario Clarín recogió, el 6 de junio de 1983, parte de aquellas aseveraciones de Zaspe, extraordinariamente duras si se tiene en cuenta que fueron hechas todavía bajo el Proceso Militar. Decía:

"En los últimos meses se han publicado muchos aspectos ocultos del Proceso, no refutados hasta el momento, que hacen sumamente vulnerables las justificaciones del mismo. ¿Se puede continuar hablando de excesos cuando todo el proceso antisubversivo respondió a una premeditada planificación? ¿Se puede afirmar que no se dispone de más información, cuando los servicios de inteligencia controlan rigurosamente a personas, grupos, instituciones y teléfonos?"

Hijo de los españoles –sus padres, Miguel María Zaspe y su madre, Rosario Zarategui, eran de Navarra, aunque llegaron al país por separado– de chico vivió en La Boca. Sus padres se habían casado en la parroquia porteña de San Cristóbal, un 8 de diciembre, día de la Inmaculada Virgen María, y se fueron a vivir a la calle Suárez 89, próxima a los barcos que pintó Quinquela. Miguel había conseguido un reparto de leche y con los ahorros logró comprar un restaurante en La Boca, donde Rosario cocinaba y él atendía. Allí nació Vicente, un 15 de febrero de 1920, bajo el fraternal y siempre distintivo signo de Acuario, que lleva a los nativos a ir siempre en contra de la corriente y a desafiar el status quo. Bien pronto, la salud delicada de Rosario los obligó a buscar un sitio menos húmedo, y fue así que se mudaron al barrio de Palermo. La casa quedaba en el 4982 del Pasaje Russel, justo en la esquina con Serrano. Vicente tenía por entonces 7 años y había sido criado con todos los mimos de hijo único. La casa quedaba muy cerca de la parroquia San Francisco Javier, donde el 8 de octubre de 1928 tomó su primera comunión y luego militó como aspirante de la Acción Católica.

La secundaria la cursó en el Colegio Nacional de Buenos Aires, como correspondía en esa época a los niños que se habían mostrado muy inquietos y capaces en su primaria. Bastó una entrevista con el director del renombrado colegio para que Vicente respondiera con facilidad algunas preguntas e ingresara. Después de una secundaria sin sobresaltos, aunque no necesariamente excelente porque tenía muchas energías puestas en su cargo de delegado de aspirantes en el centro de Jóvenes de Acción Católica (QAC) de San Francisco Javier.

El sacerdocio le fue conferido el 28 de noviembre de 1948 en la iglesia del Seminario de Devoto, por monseñor Antonio Rocca, obispo auxiliar de Buenos Aires, pero se ordenó solemnemente el 8 de diciembre de 1948, aniversario del casamiento de sus padres, en la parroquia de su niñez, San Francisco Javier. Allí su padrino asistente fue el presbítero Román Figalio.

En aquel momento, las palabras con las que toda una comunidad recibió la alegría de su ordenación, no pudieron ser más emotivas. Las dijo uno de los jóvenes miembros de la Acción Católica:

"¡Qué sentimientos inescrutables embargan hoy tu corazón al sentirte ya sacerdote de Cristo por toda una eternidad y cuáles han de ser los sentimientos de tus padres, que un día, con los ojos inundados en lágrimas, se despidieron de ti, pidiéndole a Dios, el verte un día sacerdote...! Y pasaron los años, y ahora te contemplan y te siguen paso a paso, ya subiendo las gradas del altar en el santuario..., ya ofreciendo el pan y el cáliz..., ya exclamando las palabras misteriosas que todo lo trocarán en Dios..., ya recibiendo de tus manos ese pan de vida con el que pagarás Dios la deuda contraída con los padres de un nuevo sacerdote."

"¡Padre Zaspe! Hoy tus compañeros de la Acción Católica y tus hermanos en el sacerdocio, llenos de alegría y gozo, con el corazón palpitante de la emoción, te repetimos: Tú eres sacerdote por toda una eternidad... Tú, el escogido para predicar el Evangelio de Dios... Tú, uno de los colaboradores en la salvación de las almas, y el dispensador de los misterios del Señor. Y te prometemos que nunca dejaremos de pedir al Altísimo para que seas un santo sacerdote."

Pocos días después, el 5 de febrero de 1949, cuando se aprestaba a cumplir los 29 años, falleció su padre. Ese mismo año fue nombrado Vicario cooperador de la porteña parroquia Santa Rosa de Lima, sobre la avenida Belgrano, cargo que ejerció hasta 1958. En 1961, fue destinado como Obispo a la ciudad santafesina de Rafaela. Era muy joven, pero todos y en especial él, sabían que estaba preparado para asumir la responsabilidad. Su tarea pastoral trascendió los límites de la ciudad y se extendió a toda la provincia, y aun más allá de ella. En Rafaela se encontraba cuando, el 3 de agosto de 1968, su santidad Pablo VI le envió una carta al arzobispo de Santa Fe, monseñor Nicolás Fassolino, donde le comunicaba que había decidido, conforme a su pedido, concederle un coadjutor. En la carta se afirmaba:

"(...teniendo...) Presente las múltiples y fundadas razones que nos ha manifestado recientemente y el deseo que nos ha expresado en su carta, hemos dispuesto concederte un coadjutor con derecho a sucesión, en la persona del excelentísimo y reverendísimo monseñor Vicente Faustino Zaspe, arzobispo titular de Aquaviva.

"A él podrás confiar el peso y la responsabilidad de la mayor parte de los asuntos inherentes al gobierno y la administración de esa Arquidiócesis. "Estamos seguros de que lo acogerás con afecto fraternal, asistiéndolo con tu precioso consejo y confiéndole los más amplios poderes, a fin de facilitarle el cumplimiento de su misión, para el superior bien de las almas."

Una difícil misión

En 1973, el Papa Pablo VI le encomendó a monseñor Zaspe viajar a La Rioja a investigar la línea pastoral de monseñor Enrique Angelelli, a quien los sectores más reaccionarios del poder y de la sociedad miraban con desconfianza.

Angelelli había comenzado su camino vocacional en su Córdoba natal donde, como profesor y director espiritual del seminario, se había granjeado la admiración y el reconocimiento de los sacerdotes jóvenes. No sólo poseía un gran carisma, también brillaba por su capacidad intelectual: no en vano había sido enviado a Roma para continuar estudios de formación superior. Hasta el cardenal Raúl Francisco Primatesta tenía—según sus propias palabras a esta periodista— afecto por él, aunque disentía con sus ideas.

Como sacerdote trabajó intensamente en barrios obreros y en villas, hasta que le comunicaron su ordenación episcopal. Pero tuvo que pagar cierto precio por su independencia: no le adjudicaron diócesis durante casi dos años. Finalmente, lo destinaron a una provincia chica, pobre y sin peso —La Rioja— como para hacerlo desaparecer. Pero marchó hacia allí deseoso de transformar la aridez en humedad, la lucha estéril de generaciones de oprimidos, el trabajo fértil por la libertad y la igualdad de oportunidades. Angelelli predicaba el Evangelio a quien quisiera oírlo y hacía de él un instrumento de cambio para lograr una sociedad más justa.

La cúpula de Iglesia argentina observaba con precaución el trabajo renovador y evangélico del Obispo y temía por los frutos sociales y las interpretaciones políticas que podían devenir de su trabajo consecuente y denodado. Demasiado carisma, exceso de fuerza de cambio, muchos jóvenes acompañándolo... ¡hummm! Angelelli llevaba el Evangelio incrustado en el corazón y grabado en la cabeza y sus manos no paraban de trabajar con los pobres, para que dejaran de serlo. Para que construyeran con sus manos el futuro de sus hijos, un futuro de trabajo libre y no sometido. Para que en nombre de Cristo dijeran BASTA a la explotación feudal. No más hombres explotados, no más opresores.

Definitivamente, El Pelado, tal como lo apodaban, era un pastor transgresor para la Iglesia argentina, que históricamente ha sido la más conservadora de América latina.

Los periódicos de La Rioja tampoco tuvieron medias tintas para definirlo. El diario El Sol lo calificaba de "comunista", "tercermundista" y "guerrillero".

Zaspe y Angelelli no se conocían demasiado, pero más allá del sello personal de cada uno, habían recorrido caminos paralelos que en lo sustancial se diferenciaban de los recorridos por mayoría del clero corporizado.

De allí que, consciente de la importancia de la misión que le había encomendado el Papa, y después de observar e interiorizarse del trabajo del obispo de La Rioja, la opinión de Zaspe fue terminante y categórica:

"No hay mejor manera de practicar el cristianismo que la que lleva a cabo Enrique Angelelli", escribió en su informe.

Cuando falleció La Princesa Fassolino, Zaspe fue el elegido del pueblo y de la Iglesia para sucederlo. La feligresía lo admiraba como a un caudillo espiritual y lo quería como a un amigo. La jerarquía eclesiástica lo respetaba por su profundo sentido de cuerpo, su lealtad y su intachable conducta. Con su promoción, en 1969, a Arzobispo de Santa Fe, se materializó una fértil comunión entre los deseos del pueblo y las decisiones

de la cúpula de la Iglesia, algo difícil de encontrar en la historia del clero argentino, que no sólo ha respondido siempre verticalmente al Vaticano, como corresponde en una institución de jerarquías, sino muy particularmente a las posturas más ortodoxas que vinieran de Roma.

El principio del fin

Parte de la Iglesia y la sociedad santafesina está convencida de que monseñor Zaspé fue abandonado afectiva e institucionalmente por sus pares, durante los últimos años de su vida. Fue una manera de castigarlo. Se había enfrentado y había fustigado con el látigo de la presencia y la palabra a los opresores. Y se la cobraron.

Un año y medio antes de sufrir el accidente cerebrovascular, el arzobispo de Santa Fe había sido víctima de un terrible choque automovilístico en la ruta. El 15 de agosto de 1982, su auto fue violentamente embestido de atrás por un camión. Si bien técnicamente fue imposible determinar si se trató de un accidente o de un atentado, las sospechas quedaron flotando en la cabeza de muchos y seguramente también en la de Zaspé. En ese año había recibido intimidaciones y amenazas de muerte.

El arzobispo se disponía a officiar misa de confirmación en la festividad del patrono de San Carlos, el día que sucedió el accidente. Sus amigos reconocen que era muy distraído para manejar y que se negaba tercamente a tener chofer, pero a Botta, el cura párroco de San Carlos, que tuvo contacto directo e inmediato con los protagonistas del choque, el asunto nunca le cerró. Dieciséis años después, el padre Botta recuerda el hecho de esta manera:

—Yo me asusté mucho cuando vi el auto de monseñor, era un Renault 12, color crema, y la parte de atrás quedó destruida. Él no llegó a perder el conocimiento totalmente, pero estaba atontado. Me decía: "Vamos que se nos va hacer tarde para celebrar misa". Yo le decía: "Monseñor usted tiene que ir a la sala de primeros auxilios y reposar". El era muy cabeza dura, no quería saber nada, pero finalmente entre todos los convencimos. Le hicieron un radiografía y dijeron que tenía un traumatismo de cráneo simple, pero que debía descansar y hacerse ver por su neurólogo ni bien llegara a Santa Fe. Cuando salimos, Zaspé me dijo: "Estos creen que yo voy a venir hasta San Carlos, en la fiesta patronal, para descansar; de ninguna manera, vamos a preparar todo para los festejos". Así era de terco. Celebramos misa, pero él estaba conmocionado y se equivocó varias veces, y cuando se daba cuenta se enojaba y trataba de arreglarlo. Cuando terminamos le dije que se quedara por lo menos esa noche, que no viajara. En su auto no se podía ir, se lo tuvieron que remolcar, pero igual se fue porque me dijo que tenía muchas obligaciones en la diócesis, así era él. El chofer del camión decía que él había frenado, pero que no había podido evitar la embestida porque monseñor había girado de golpe, sin hacer señas, en la entrada de San Carlos. Es cierto que monseñor era despistado, también es cierto que si no hubiera frenado lo podría haber matado, pero...

—¿Pero qué, padre Botta?

—La verdad, yo creo que si el camionero clavaba los frenos no le daba semejante golpe para dejarlo con conmoción cerebral. A mí siempre me quedó la duda de si no lo habían mandado para asustarlo y amedrentarlo, porque a Zaspé lo vivían amenazando y todos velábamos y rezábamos por él. Yo no podría afirmar nada, pero no me pareció una casualidad y yo sé que después de ese accidente monseñor no quedó bien. Además era muy fácil atentar contra él: andaba solo y a su auto cremita, gastado por tanto uso, lo conocía toda la gente.

Después del accidente, monseñor Zaspé fue atendido en Santa Fe por el médico que lo controlaba por su hipertensión arterial, el doctor Carlos Gayoso, quien aseguró que el arzobispo no había registrado daños cerebrales y aseguró que lo que sufrió fue una conmoción cerebral simple, que no le dejó secuelas. Según Gayoso, nada tuvo que ver ese golpe con el ataque cerebrovascular que lo afectó un año después, y que en veinte días minó su integridad y determinó su muerte.

La dupla Zaspé-Vernet

El 10 de diciembre de 1983 asumió el cargo de Presidente de la Nación, Raúl Alfonsín y al día siguiente lo hicieron los gobernadores, entre ellos el de Santa Fe, José María Tati Vernet, que era rosarino y que ganó por batacazo, entre otras cosas por el apoyo que le brindaron el obispo de Rosario, monseñor López, y el arzobispo Zaspé.

Tati Vernet fue uno de los pocos justicialistas exitosos en aquella contienda. El ex gobernador recordó así aquella corta relación:

—Yo era un candidato que iba por el milagro. Afloré en la interna del justicialismo en agosto de 1983 y las elecciones eran en octubre... No tenía tiempo material de juntarme con todos los factores de poder, pero tenía muy buena relación con el obispo de Rosario, López, que me hizo el contacto con Zaspé. El en persona se acercó a Rosario para tener un diálogo conmigo. Fue muy gracioso, porque en medio de una charla amena en la que sobraban detalles sobre mi vida, que ellos me mencionaban porque se habían ocupado de recolectarlos, de repente López me dice: "Pero usted no milita en el catolicismo". Yo, con cara de piedra, le digo: "Sí, milito". En ese momento López y Zaspé se miraron como acordando que les habían fallado los informantes o que yo mentía. Y entonces López siguió con la indagatoria: "¿Dónde? ¿En la parroquia de Fisherton". Y yo, muy tranquilo, le contesto: "No, monseñor, en el Partido Justicialista". Ahí, sin decir nada, Zaspé se paró y me dio un abrazo. Y después, con el humor que siempre lo caracterizó, nos reímos un rato juntos.

—Así empezó mi corta pero profundísima relación con Zaspé. Digo corta, porque él falleció a los cuarenta y cinco días de que yo asumiera como Gobernador. Después de ese encuentro, yo pasé dos veces por Santa Fe y lo visité. Para los demás era muy curioso que él me recibiera, porque mis posibilidades eran muy limitadas. Tenía 39 años, era el período de restitución a la democracia y hacía cuarenta años que ningún gobernante había terminado su mandato. Yo era muerto o exiliado, pero preso no iba: tenía una familia con seis hijos, mi hija mayor tenía diez años. Y pertenecía a una generación que creía en cosas que hoy ya no se creen. Éramos pasionales y él desde el comienzo me templaba. Con charlas cortas, me tomaba la temperatura y con preguntas simples me movía a grandes definiciones.

A los pocos días de asumir, Vernet recibió la visita sorpresiva del arzobispo Zaspé, quien le dijo:

—Mire, Vernet, usted va a tener que hacer algo para convencer a la gente de sus buenos propósitos. Yo ya no puedo, estoy viejo, tengo muchos problemas. Usted lo que tiene que hacer es agarrar la cadena de radio y televisión, todos los domingos a la mañana, alrededor de las 11.30 y explicarle a la gente, uno por uno, los problemas que usted tiene, no pueden enterarse por terceros.

Vernet añadió:

—Yo le dije que me parecía bien, pero que tenía un poco de miedo. Él me dio ánimo y me dijo que hiciera como él, que se valía de las homilias de todos los domingos para decirle a la gente todo lo que podía. Yo le dije que me parecía bien, pero que iba a necesitar su colaboración. Zaspé fue muy directo: "No, colaboración no me pida, yo voy a trabajar al lado suyo", me dijo. Me sentí apoyado, como si me cubriera un blindaje. Su idea de los medios era muy buena.

Esa reunión entre el gobernador y el arzobispo fue la última de sus vidas. El 25 de diciembre de 1983, Zaspé transmitió por la radio local su mensaje de Navidad, que resultó postumo. Vale la pena recordarlo íntegramente. Dijo así:

"Amigos, Dios nos ama. Nos muestra su amor desde su pesebre, nos ofrece su amor desde su despojo, espera nuestro amor, quiere nuestro amor. Dios quiere de cada situación concreta que lo amemos. Amarlo en la enfermedad imprevista, en la cabecera del enfermo, en la ancianidad achacosa, en las dificultades económicas de un salario, en la vivienda precaria. Amarlo desde el hijo que murió en Malvinas, o en el hijo que desapareció en la subversión o por la represión, en la soledad, en la muerte del esposo, amarlo siempre. Reflexionemos. Sería muy difícil creer en el amor de Dios si en lugar de paja hubiera habido seda; si en lugar de pañales, armiño; si en lugar de pastores hubieran venido embajadores. Pero no es difícil amarlo contemplando su Navidad en Belén, contemplando su nacimiento en la pobreza, la autoridad y hasta la miseria.

"Por eso, la Navidad puede celebrarse en la cárcel de Coronda, en la cárcel de Flores, en el Hospital Cullen, la Unidad Carcelaria de Mujeres o en el Hospital Iturraspe. Por eso, se la puede celebrar en los vagones y en los galpones de los inundados, y por los que perdieron todo en la invasión de las aguas. Por eso la pueden celebrar los discapacitados, los solitarios, los changarines, los desocupados y los marginados. Pueden celebrar la Navidad los sencillos, los limpios de corazón, los misericordiosos, los que lloran, los pacientes, los que tienen hambre y sed de justicia. Pueden celebrar la Navidad los que perdonan, los que bendicen, los que aman, los que reconcilian, los pecadores que se arrepienten, los adúlteros que vuelven a la fidelidad, los orgullosos que se humillan, los egoístas que se abren a los demás. Celebrar la Navidad es celebrar el amor de Dios hecho hermano y sobre todo, el amor hecho ofrenda. Amigos, al desearles felices fiestas de Navidad y fin de año, interrumpo estos encuentros radiales hasta el domingo de Pascuas de 1984 y agradezco a esta radiodifusora el haberme abierto sus puertas para comunicarme con este querido auditorio radial. Hasta el año que viene, si Dios quiere."

Dios no quiso, quizá monseñor Zaspé ya no quería. Estaba cansado, desgastado por tanta entrega. Había pasado su vida yendo de la iglesia a la cárcel. De las reuniones de la Conferencia Episcopal, de la que era vicepresidente segundo, a las casas de familiares de detenidos y desaparecidos a interesarse, a darles paz. De allí salía y se ponía a escribir cartas y más cartas a todos los poderosos que pudieran darle datos sobre sus jóvenes, aquellos que impunemente se quedaron sin primaveras y sin paseos por la costanera. Cartas y más cartas a quienes estaban en calidad de detenidos o a sus familiares, dándoles el consuelo de que por lo menos seguían vivos. Impotencia, mucha impotencia, traducida en fuertes denuncias. Tantas caminatas derrotadas, llevando malas noticias. Tantas puertas golpeadas con la irremediable noticia de la muerte. Y ese repetido desconsuelo, abrazado y llorado con sus feligreses ante la injusticia y la barbarie.

La última Navidad la pasó junto a uno de sus más queridos discípulos, el padre Luis Tomati, actual cura párroco de San Javier. El sacerdote recordó que no se sentía bien: "El 25 de diciembre monseñor ya estaba mal, espiritual y físicamente, estaba caído, sin ánimo".

Quizá Zaspé no quería más. Quizá Dios lo quiso con Él. Tal vez por eso, ya internado, en una íntima charla con su amigo Domingo Castagna, actual arzobispo de Corrientes, le dijo: "Domingo, estoy realmente cansado. Quizás un cáncer de pulmón, de esos fulminantes, no estaría mal para descansar cerca del Padre...".

Una cruel agonía

El 3 de enero de 1984, a sólo diez días de su mensaje radial navideño, monseñor Zaspé fue internado por un acceso cerebrovascular producido por una crisis hipertensiva. Tanto en la emergencia como durante su internación el médico que lo atendió fue el mismo que le controlaba habitualmente su hipertensión, la que en función del estrés y las preocupaciones, se había agudizado en los dos últimos años.

"No nos sorprendió el cuadro de ACV (ataque cerebro vascular) por sus antecedentes clínicos, pero el problema fue que la ubicación de la hemorragia era horrible: estaba en la base del cerebro, en su unión con la médula y el cerebelo", explicó el doctor Carlos Caloso. A pesar de que las visitas eran restringidas, un caluroso día de enero de 1984 el gobernador Vernet fue a visitarlo. Recordó así aquel día:

—Estaba acostado, tapado sólo por una sábana y balbuceaba. Pero reconocía. Me saludó con un apretón de manos. Yo le hablé, le dije: "Vamos, que va a salir, lo necesito para hacer las cosas juntas". Ese día, la verdad, sólo hablé yo. Él no me dijo nada, hacía algún gesto, asentía dubitativo. Pero me siguió atentamente mientras le hablaba. Por eso yo creí que saldría adelante. Mi historia con Zaspé, lamentablemente, duró cuatro o cinco meses, desde septiembre hasta su muerte. Yo soy rosarino, y no era mi arzobispo, pero como muchos otros santafesinos leía sus homilias y siempre lo consideré un hombre jugado. Todas las pérdidas son feas, pero la de Zaspé, en lo personal, a mí me dejó huérfano de amigo y compañero en la tarea de reconstruir una sociedad desde los escombros de la dictadura. Para la Iglesia y especialmente para el pueblo de Santa Fe, hay un antes y un después de monseñor Vicente Zaspé. Él fue el pastor que acompañó con el cuerpo y con la palabra a quien lo necesitara. El tipo acompañó a una generación de argentinos. Cuando me tocó despedirlo en la catedral, yo extraje una frase de una homilía suya: "Cuando los que gobiernan, gobiernen; cuando los maestros enseñen, cuando los que trabajan tengan trabajo; cuando las provincias sean eso, provincias, algo más que meras administraciones...".

—Él contenía mucho, acompañaba a su gente, me acompañó el poco tiempo que vivió durante mi gobierno. Cuando murió yo me sentí muy solo. No me atreví, por ejemplo, a hacer lo de los discursos radiales.

Zaspé murió el 24 de enero de 1984, a las 10.30, en el Centro de Investigaciones Neurológicas, luego de haber pasado por un período de leve mejoría, que luego se complicó con una infección. El diario El Litoral tituló: "Y Dios llamó al pastor".

Uno de los enfermeros de la sala de terapia intensiva recordó que Zaspé tuvo días de cierta conciencia, en los que recibió visitas, pero aclaró que la mayor parte del tiempo sufría en silencio:

—Cuando se sentía un poco mejor bromeaba, tenía mucho humor y era uno más de nosotros, no parecía estar hablando con el arzobispo, era simple, gaucho. Todo lo contrario de monseñor Storni, que decidía quién podía visitarlo y quién no. El fue quien pidió una sala individual para Zaspé y se pasaba horas al lado de la cama. Lo cuidaba celosamente y nunca tuvo buenos modos para con los empleados, era más bien parco y a veces un poco soberbio. Nosotros lo tratábamos con la distancia que él ponía y sólo nos ocupábamos de cuidar a Zaspé. Dios sabrá por qué le tocó sufrir tanto en sus últimos días. El era muy fuerte, pero cuando hizo esa infección se le produjo una micosis, tenía todo el cuerpo lleno de hongos, especialmente en la ingle y en la zona de la boca. Yo le curaba esas heridas y me dolía a mí. Se le ponían en carne viva y cuando se cerraban le quedaban como hematomas. Por eso, después yo escuché versiones en la ciudad acerca de que el cadáver estaba golpeado. Los que hablan no saben que los hematomas que tenía en todo el cuerpo no eran de golpes, como sospecharon muchos, sino producto de ese abominable final.

Una feligresa, amiga de monseñor Zaspé, la doctora María del Carmen Starapoli, recuerda en el libro Corazón de pastor, de Jorge Montini y Marcelo Zerva:

"A todos desechó por Cristo. Y en su camino, que fue un caminar diario de lucha y fe, lo demás no tuvo cabida... Ni el matrimonio ni la medicina pudieron tanto, sí pudo con él la Iglesia. Una pasión a la que entregó su vida, acaso su salud. Una locura de amor que le dio sentido a su jefe en el peregrinaje de su vida austera. Ese fuego sutil que sin estridencia quema por dentro era la fuerza de la fe".

A poco tiempo de su muerte, el obispo auxiliar Edgardo Storni, que hasta allí había mostrado un bajo perfil, se encargó de anunciar públicamente al posicionarse del arzobispado: "La era Zaspé terminó".

Muchos sospechaban que iba a haber cambios con su administración, pero nunca creyeron que serían tan drásticos. Se modificó sustancialmente el apoyo oficial de la Curia de Santa Fe hacia el movimiento de los sin techo y se boicoteó a sacerdotes y seminaristas que conservaron la línea pastoral comprometida de monseñor Zaspé.

Carlos del Frade, en su libro La Iglesia y la construcción de la impunidad, señala:

"Si Zaspé hubiera vivido un par de años más, seguramente habría informado sobre la actuación de militares, integrantes de otras fuerzas de seguridad, civiles, empresarios y religiosos, durante la dictadura. Vicente Zaspé no convenía para la estructura de impunidad que iba a encorsetar el origen de la democracia.

"Por su propio rol durante la dictadura, en el seno mismo de la conferencia episcopal, Zaspé hubiera dado mayores informaciones que las dadas en su momento por Hesayne, Novaky de Nevares.

"Mucha gente celebró entonces la muerte del hombre que, aun sufriendo de hipertensión, logró enfrentar todas las amenazas, pero no pudo sobrellevar la traición interna y la construcción de la soledad espiritual y política dentro de su propia arquidiócesis."

¿Quién y por qué decidió colocar a una personalidad tan distinta a la Zaspé en el arzobispado de Santa Fe? El ex gobernador Vernet recordó a este propósito un encuentro que mantuvo con el nuncio apostólico Ubaldo Calabresi, previo a la designación de Storni:

—Cenamos los cuatro: el nuncio, los cardenales Primatesta y Aramburu y yo. En un momento, saqué el tema de lo expectante que estaba toda la

gente en Santa Fe y yo mismo como gobernador, por conocer la decisión del Vaticano sobre quién ocuparía el lugar de Zaspé. Comenté que sería muy importante que fuese un religioso de su línea pastoral para que continuara con el trabajo social realizado por él. Entonces, me acuerdo que cuando traté de ir más a fondo sobre quién era el candidato de la Iglesia, Aramburu y Primatesta extendieron sus brazos y señalaron a Calabresi como el destinatario de esa pregunta. O sea, muy cancheros los dos, me dieron a entender: "A este tenes que convencer, porque nosotros no decidimos". El nuncio no se jugó, me dijo que iban a tener en cuenta mi sugerencia y el deseo de la comunidad de Santa Fe. Cuando al poco tiempo lo eligieron a Storni, yo no entendí más nada. Con la muerte de Zaspé habíamos perdido un pastor, irremplazable por su carisma y su entrega, y con Storni ganamos un político siniestro que no nos hacía falta. Con ese cambio, yo sentí que mi propio futuro político se vería afectado y que en vez de un aliado, para reconstruir una sociedad minada por el gobierno anterior, tendría un adversario de lo popular, un amigo del poder económico y político ultraconservador.

Durante la gobernación de Jorge Obeid, Storni no perdió el tiempo. Había conocido a Obeid durante la dictadura y muchos dicen que Storni – amigo de los militares de turno – habría intercedido para salvarle la vida. Desde allí ambos tienen una amistad inquebrantable que monseñor supo aprovechar muy bien cuando Jorge Obeid fue el gobernador de Santa Fe: el Arzobispado recibió durante esos años subsidios millonarios que nadie sabe con claridad que destino tuvieron.

Lole versus El Divino

Un agudo periodista local contó la particular relación que mantienen hoy el arzobispo Storni y el gobernador de Santa Fe, Carlos Reutemann, la cual empezó en romance obligado por la extrema debilidad e inexperience del Lole y que hoy se rompió.

"Storni es de terror, lo peor de la Iglesia de la provincia, un ser siniestro", dijo el gobernador en una reunión política. En el medio, los dos vivieron lo que se llamó el "affaire por la ley de casinos". Esa crisis, como se verá, se solucionó mediante un pacto que hubiera sido impensable en los tiempos de Zaspé. El testimonio de esta fuente, cuyo nombre pidió mantener en reserva, avala lo que piensan muchos santafesinos y es que a Reutemann y a Storni no los unió el amor sino el espanto. Aquí, el sustancioso comentario del periodista santafesino:

"Reutemann llegó a la gobernación de Santa Fe totalmente desamparado, no le interesaba ganar. Antes del cierre de la campaña se la veía en los lugares típicos de la ciudad tomando algo solo. En ese momento tenía problemas con Mimicha, su ex mujer; la guita se la manejaba el "Gordo" Cutulli, un tipo ligado al Vaticano y a la Logia P2, y tenía un entorno de amigos, no demasiado grande. Cuando Menem le hizo la propuesta de postularse, y esto dicho por gente que lo acompañó esos días, el Lole se cagó de risa, le pareció bastante descabellado, pero como no tenía nada para perder y le ofrecían dos millones de dólares para la campaña, se embarcó. En esa situación de aventura lo encontró el triunfo y el primero que se le acercó fue Storni".

Según este periodista, de larga trayectoria radial, sus familias se conocían desde hacía mucho tiempo, aunque sin llegar a tener mucha confianza, ni ser Edgardo Storni y Carlos Reutemann ni siquiera amigos.

"Pero una vez Reutemann en el poder, Storni colocó sistemáticamente en puestos clave del gobierno a gente de su confianza. Por ejemplo, el Lole había elegido a un militante católico como el Quili Ibarra como ministro de Educación, que era admirador de la pastoral de Zaspé, pero lo tuvo que desechar. Santa Fe está dividida casi radicalmente en materia religiosa entre los que querían a Zaspé y los que aborrecen a Storni, o a la inversa, y el caso fue que el Quili no ocupó el cargo en el Ministerio de Educación. Es una regla muy pocas veces alterada en la relación entre el poder político y la jerarquía eclesiástica, que ésta sugiera su candidato a ministro de Educación. En épocas de una Iglesia detentadora de poder manifiesto, directamente lo señalaba con el dedo y lo presentaba sin tapujos. De una manera más velada, pero igual de efectiva, Storni logró ponerlo a Bostecillo, su candidato. Lo primero que hizo el flamante funcionario como gesto simbólico, fue presentarse el primer día de trabajo, no en el despacho de ministro, sino en el edificio del arzobispado.

"Storni tiene su propio gabinete, desde donde se hace tráfico de influencias. Su entorno más íntimo e influyente en sus decisiones lo integran el padre Mario Grassi, que es el monje negro, el padre Mauti que –según dicen– sería su actual pareja y el vicario de la pastoral social, Edgardo Stoffel, que si bien es muy importante en el área intelectual y pastoral, y desde el punto de vista sexual no está definido como el resto del entorno, obviamente es cómplice por omisión. El padre Grassi se pierde por la joda; en cambio, Mauti y el vicario general, Hugo Capello, son más prolijos."

Según cuentan todos en Santa Fe y lo confirman fuentes eclesiásticas, Grassi tuvo varios problemas con adolescentes, a los que habría intentado abusar.

Además del tema sexual, Storni y su entorno tienen problemas con los fondos para beneficencia. En la última campaña Más por Menos se habría encontrado una diferencia de 500.000 dólares entre lo recaudado y lo declarado por el Episcopado. Los números no cierran. Pero eso no es lo más grave, sino el manejo del presupuesto de la provincia. Hay en cada área un ítem que se llama Apoyo pleno y que se destina sin necesidad de precisar demasiado el objetivo. La Iglesia, que tiene su poder enraizado en la justicia y en la empresa, se beneficia con esos fondos.

"Acá durante mucho tiempo se planteó el tema del casino. Storni llegó a amenazar con excomulgar a aquellos que votasen a favor de la ley y se tomó el trabajo de mandar cartas personales a los legisladores. El se apoyaba en el dogma de que el juego corrompía los espíritus y adoptó las posiciones más extremas, como lo hizo en su momento Quarracino con el tema de la homosexualidad. Pero el casino resultó un punto de cortocircuito en la dupla Storni-Reutemann, porque un pariente cercano del gobernador, Alfredo Esquivel, que manejó la Lotería de Santa Fe desde que llegó Reutemann en 1991, tiene una serie de empresas proveedoras del juego. Por eso, se decía, que había sobres que se ofrecían a diputados para votar el tema del casino. Cuando Storni salió a hablar en contra, el gobierno le hizo saber que estaban haciendo muchos esfuerzos para sostener su figura de arzobispo. Fue una manera de decirle: En ese tema no te metas porque dejamos de cubrirte todas tus debilidades."

En Santa Fe, fuentes políticas aseguraron que si la primera reacción de Storni había sido mandar a los legisladores amenazas veladas de excomunión y pronunciar fuertes homilias en contra del juego, cuando le dieron ese aviso cambió la estrategia y envió un emisario a hablar con Reutemann. Por esos días, el gobierno barajaba un proyecto de Caritas a nivel nacional, en el que se proponía que Caritas sea mano de obra barata de los gobiernos, desligarse así de los subsidios y destinar el dos por ciento de los aportes católicos a la ayuda social.

"Eso a Storni lo desesperó, porque desde que él tiene el liderazgo, entre comillas, de la Iglesia, y justamente por su falta de carisma y su comportamiento sexual y sus abusos, los aportes voluntarios de católicos a través del diezmo, han decaído muchísimo. Entonces, Storni puso precio a su silencio con respecto al casino: la primera condición fue que se duplicara la ayuda social del gobierno a través de la Iglesia y la segunda, que no saliera la ley de salud reproductiva en la provincia de Santa Fe. Así quedó pactado. La relación entre Reutemann y Storni tuvo una crisis, pero el cortocircuito no fue por una razón ética, sino porque un pariente del Lole tenía cerrado un negocio y Storni no lo sabía. Se metió con su discurso fundamentalista hasta que entendió que con eso no se jodia, pactó beneficios y paró la bola."

Un ex gobernador aporta lo suyo:

"La posición política de Reutemann es muy endeble y le conviene un obispo como Storni, porque el gobernador tiene una situación muy conflictiva socialmente. El quiebre entre la Iglesia y el poder en Santa Fe se podría dar si Storni se cae a pedazos y mandan un cura combativo, porque se podría volver a movilizar la pastoral que Zaspé dejó de herencia. Por eso está tan inseguro y prefiere tenerlo a Storni, que sabe cómo manejarlo, antes de que le manden a otro sin consultarlo".

El 31 de agosto de 2000, con un comunicado de prensa que llevaba la firma de Storni, Capello, Grassi y Stoffel, el arzobispado salió al cruce del diputado Mario Esquivel, quien había comentado en los medios que en la provincia de Entre Ríos, y en la ciudad de Rosario, la Iglesia no objetaba la presencia de casinos. En lo esencial ese comunicado decía:

"Habiéndose informado oralmente y por escrito este arzobispado, que algunas personas de los ámbitos oficiales, o al menos allegados a los mismos, afirmaron que habrían obtenido el visto bueno de la autoridad eclesiástica respecto a proyectos de ley moralmente inaceptables, nos vemos obligados a desmentir tales rumores dejando bien claro nuestra inamovible posición que responde tanto a la fe como a la razón. En concreto:

"1) Se reafirma una vez cuanto desde hace años se ha venido enseñando y observando respecto de la expansión de los juegos de azar y muy particularmente de la pretendida instalación de casinos y bingos en nuestra provincia, lo que siempre es malo en sí y no puede ser justificado con ningún fin (...)

"2) Se deja bien sentado, por si hubiera alguna desinformación u olvido al respecto, que los proyectos de ley sobre salud reproductiva que comprometen al estado como agente y promotor de la antinatalidad, incluso aprobando y difundiendo con dineros públicos métodos artificiales y comprobadamente abortivos, violan la ley natural y ofenden la dignidad y la libertad a respetar en todas las personas y especialmente en los pobres a quien se quiere eliminar, y en los menores a quien se acepta degradar (...)

"Sin embargo, nos atrevemos a confiar en Dios, el Dios del Evangelio por quien se jura, y en la sensatez y honestidad de los que son más y sabrán jugarse a favor del pueblo santafesino.

"Firmado:

"Hugo Héctor Capello - vicario general.

"Presbítero Edgar Stoffel - vicario de la pastoral social.

"Mario Eugenio Grassi - vicario episcopal de la educación.

"Edgardo Gabriel Storni - arzobispo de Santa, Fe.

Ésta fue la única posición pública que dio a conocer el arzobispado en relación con la ley de casinos, en momentos en que la Legislatura de Santa Fe se aprestaba a debatirla. El mismo texto fue remitido a cada legislador antes de la votación. En él, monseñor Storni ya no amenazaba, ni siquiera veladamente, con la excomunión.

Hagan juego, señores

En la Legislatura santafesina ingresaron dos proyectos para casinos y bingos. El primero, del radical por Rosario, Miguel Basaldella y el otro, del oficialista Mario Esquivel.

Basaldella, históricamente enfrentado a Storni y al oficialismo de la capital, expresaba el fuerte lobby del sur provincial en favor del negocio. Esquivel, a los intereses familiares, ya que es hermano del actual secretario General de la Gobernación, Domingo Alfredo Esquivel, principal "gestor" de la ley de casinos desde la época del primer gobierno de Reutemann. Domingo fue durante cuatro años director de la Lotería de Santa Fe, y desde allí había polemizado duramente con las autoridades eclesiales, que lo amenazaron con la excomunión.

Finalmente, las alternativas se unificaron y así tuvieron ingreso en la Cámara de Diputados el 11 de mayo de 2000.

Curiosamente, el mismo día en que se aprobó, tuvo igual suerte otro proyecto de gran interés para el arzobispado, y que el diputado Esquivel se había ocupado de demorar durante un año. Se trataba de la donación de un importante terreno en el barrio Monseñor Zaspé de la ciudad de Santo Tomé, con destino a la construcción de la parroquia Nuestra Señora de la Paz y a las instalaciones del Centro de Evangelización María Auxiliadora.

La propuesta de donación se había iniciado en el Senado a través de Julio Gutiérrez, un legislador muy allegado a la Iglesia, y que en el tema del casino se oponía al proyecto de Esquivel.

Según el registro del Senado, el proyecto se presentó el 21 de abril de 1999 y lo aprobaron el 29 de junio; pero lo votaron con modificaciones en Diputados recién el 11 de mayo de 2000, según consta en el diario de sesiones, obligando a que el Senado lo volviera a votar el 17 de mayo de ese año. Finalmente, el gobernador lo promulgó el 6 de julio de 2000.

Cualquier suspicaz queda habilitado a pensar en un mínimo gesto de compensación. Aunque entre bambalinas se sostiene que la verdadera compensación estaba dada por el cajoneo que los senadores hicieron del proyecto de salud reproductiva aprobado por los diputados durante el año 2000. Luego del paso por las comisiones, el proyecto unificado del casino se trató y aprobó el 21 de septiembre de 2000.

El diputado Mario Esquivel, que fundamentó la postura de la mayoría, representada por el PJ y la UCR sector Convergencia, se refirió en varias oportunidades al "coraje parlamentario" que significaba tratarlo.

Al finalizar su primera exposición, presentó estos argumentos:

"Acá hay un planteo pragmático de legislar sobre una realidad que, nos guste o no, existe: el juego clandestino. A través de esto se intenta blanquear esa situación apuntando a que las utilidades, el resultado de esto, llegue para atender los problemas sociales que hoy el Estado no puede afrontar por la situación de coyuntura que vive (...)

"Hago una reflexión final, haciendo cierto y efectivo el bien común. Se me ha dicho que esto no tiene nada que ver con el bien común, y yo contesto: al bien común hay que ayudarlo, el bien común es el bien de la comunidad, y la única manera de ayudarlo es con recursos. Por lo tanto, si tengo que legislar sobre una ley de esta envergadura, que no es fácil, para dotar al Estado de recursos y llegar a plasmar ese bien común, digo: acompañémoslo, seamos responsables; y en esta ley que, repito, no es fácil, acompañémoslo, dotémoslo al Estado de los recursos para que pueda llegar a cumplir con esos fines sociales."

Ricardo Giacosa, de la UCR sector Convergencia, pidió a continuación la palabra para fijar "mi postura contraria basada en la obediencia religiosa y una actitud de conciencia moral".

Ése fue el único diputado que explícitamente planteó la cuestión religiosa.

Carlos Favario, del partido Demócrata Progresista, planteó su tremenda confusión, con un discurso que provocó la hilaridad entre sus pares.

Dijo:

"A estas alturas no sé si soy defensor de la moral o promotor de la inmoralidad, discriminador o discriminado, marginal o desarrollista, opositor o colaborador del gobierno; pero la mayor preocupación, señor presidente, es que no sé si a consecuencia de mi voto me voy a ir al cielo o al infierno.

"Porque mi posición personal—continuó— que es la que voy a tratar de explicar, por un lado no se opone a la instalación de casinos y, por otro lado, se opone a la aprobación de esta ley.

"Por lo cual casi estoy convencido de que voy a recalar en el purgatorio, y para ello, señor presidente, confío en que las oraciones de mi distinguida amiga, la diputada Cavigiuri, me ayuden a encontrar un salvoconducido para el cielo..."

Dolly Luisa de Cavigiuri, diputada del PJ, muy ligada a la Iglesia, había promovido el rezo del Rosario.

Por su parte, el diputado Ambrosio pidió la palabra para recordar que "tampoco nosotros hemos sido partidarios de esta particular dicotomía entre pecado y delito con la que se planteó centralmente el debate antes de entrar a este recinto.

"Creo que la definición para los santafesinos de ser cuáqueros, supongo que es una fina ironía a las que nos tiene acostumbrados nuestro querido amigo Funes; él, que ha recorrido los vericuetos de la política y su mérito es quizás haberlo hecho con éxito y sin contaminarse, sabe que lamentablemente a nosotros no nos hace falta ningún otro pecado para parecernos a Sodoma y Gomorra."

Ambrosio citó a Domingo Esquivel, quien decía que la cuestión no era prohibir los casinos sino establecer los límites necesarios "para no hacer de nuestras respectivas jurisdicciones antros o garitos de juego que a la postre puedan resultar perniciosos para la salud moral y la economía de la sociedad".

Dicho esto, Ambrosio concluyó: "Yo creo, señor presidente, que cinco casinos y 39 bingos, todos ellos con máquinas tragamonedas, es convertir

en un garito a la provincia de Santa Fe".

Pese a las posiciones en contrario, que no fueron salvo un caso por fundamentos religiosos, el proyecto tuvo media sanción y pasó a senadores, donde fue sancionado por 34 votos a favor.

El Divino, El Rosadito, El Príncipe, Edgardo Gabriel Storni no volvió a hablar del asunto. Ni de los terrenales placeres del juego, que tan bien supo negociar con los políticos de turno, ni de los aberrantes abusos sexuales que lo tendrían como principal protagonista, y que avergüenzan a una comunidad que aguarda esperanzada que la jerarquía eclesiástica sancione al responsable. Esto es lo más grave de todo. Conocer que hubo una investigación encargada por el mismísimo Papa y que quedó en la nada, ni siquiera hubo una mínima respuesta a las víctimas, que brindaron sus dolorosos testimonios a monseñor Arancibia.

Pero esto no es todo: Edgardo Gabriel Storni es apenas la punta de un iceberg. Dentro de la actual estructura de la Iglesia Católica Argentina hay otros iguales o peores que él; y de estos casos tienen total y absoluto conocimiento el cardenal primado Jorge Mario Bergoglio y algunos de sus pares. Entre ellos hay obispos y conocidos sacerdotes.

Sería beneficioso para todos que después de las palabras del Papa referidas a este tema tomaran las debidas cartas en el asunto.

[← anterior](#) [→ siguiente](#)

[VOLVER AL INDICE](#)

Todos los libros están en Librería Santa Fe

